

Judaísmo *conservador* **hoy y mañana**

PROFESOR ARNOLD M. EISEN

Canciller, Seminario Teológico Judío
(Jewish Theological Seminary)

Traducción al español: Rabino Juan Mejía



JUDAÍSMO CONSERVADOR
HOY Y MAÑANA

PROFESOR ARNOLD M. EISEN
Canciller, Seminario Teológico Judío (Jewish Theological Seminary)

Traducción al español: Rabino Juan Mejía

La publicación de *Judaísmo conservador hoy y mañana* fue hecha posible por el generoso apoyo del Sr. Earle Kazis y de la fundación Kazis Family Publications.

Contenido

Prefacio a la Colección “Pensamiento JTS” auspiciada por la familia Kazis

Introducción

Pacto

Comunidad

Pueblo de Israel y Estado de Israel

Aprendizaje

Mitzvot

Tefilá y Sinagoga

Judíos y otros

Las denominaciones en el judaísmo

Mirando hacia atrás, mirando hacia adelante

Sugerencias para lectura adicional

Prefacio a la Colección “Pensamiento JTS” auspiciado por la familia Kazis

El ensayo frente a usted es el primero de una serie que reconsiderará textos, temas, prácticas e instituciones de crítica importancia para el judaísmo en general—y para el judaísmo conservador en particular—desde la perspectiva de los últimos estudios académicos y el pensamiento actual. Esperamos que estos ensayos ayuden al lector a decidir cuál es su posición personal en materias esenciales de la creencia y la práctica judías e, igualmente, ayuden a los maestros, dedicados a la transmisión veraz y apasionada del aprendizaje judío, a cumplir con esta importante labor. El Seminario Teológico Judío (JTS) ha tenido un largo papel como líder intelectual y guía espiritual en la vida de las comunidad judía en Norteamérica y a nivel global. Me complace que sus docentes puedan continuar este liderazgo a través de esta colección, gracias al generoso apoyo de la fundación de la familia Kazis.

Comenzamos con mi reflexión—como canciller del JTS, estudioso del judaísmo norteamericano y judío conservador de toda la vida—sobre las percepciones y definiciones cambiantes de lo que es el judaísmo conservador en sí. El movimiento ha sido un importante tema de estudio académico para historiadores y sociólogos desde, al menos, la obra pionera de Marshall Sklare *Conservative Judaism: An American Religious Movement* (*Judaísmo conservador: Un movimiento religioso norteamericano*). Sus principios han

sido, desde antaño, una fuente de debate y perplejidad para académicos, líderes y feligreses por igual. Zacharias Frankel articuló por primera vez los principios del “Judaísmo histórico-positivo” a mediados del siglo XIX. Solomon Schechter los reformuló y alteró a comienzos del siglo XX. Numerosos pensadores continuaron con su labor en las décadas siguientes. Los cambios masivos que han tenido lugar en nuestra comunidad, nuestra sociedad y nuestro mundo en los últimos años hacen de una reformulación y repensamiento de los principios y prácticas conservadoras no sólo algo deseable sino algo urgente.

Este ensayo es una adaptación de una serie de entradas de mi autoría en el blog de JTS *Judaísmo conservador: Una conversación comunitaria*. Asimismo, se nutre de muchas de las respuestas de los lectores a estas entradas y de mis respuestas subsiguientes. La publicación de este ensayo, en la imprenta y digitalmente, en junio del 2012, suscitó un debate similar. Por lo tanto, me place que ahora podamos ofrecer una nueva edición en un formato revisado que ayudará a que este ensayo llegue a una audiencia aún más grande y a que estimule un debate similar. Ojalá podamos juntos explorar viejas y nuevas formas de vivir y enseñar el judaísmo conservador con más pasión, convicción y entendimiento.

Introducción

Robert Gordis sugirió en su trascendental libro *Judaísmo Conservador: Una filosofía norteamericana*, publicado hace ya más de setenta años, que la aversión general de los pensadores y líderes conservadores a través del tiempo a una formulación clara de la ideología de este movimiento era, de hecho, una evidencia de su "pragmatismo", un rasgo que, para Gordis, le confería a la filosofía del judaísmo conservador una característica auténticamente norteamericana.

Mordecai Waxman observó astutamente, en la introducción a su acreditada colección de ensayos de finales de los cincuenta, *Tradición y cambio*, que la ausencia de una autodefinition del movimiento conservador era una función de su autopercepción "no como una denominación más en el redil judío. Éste sostiene que es *el judaísmo sin más*". Los cancilleres del Seminario Teológico Judío se han visto motivados, por razones personales e institucionales, a tratar de llenar este vacío. Igualmente lo ha intentado un gran número de pensadores convencidos de que un mejor entendimiento de la peculiaridad del judaísmo conservador es esencial para la vitalidad y el desarrollo del movimiento. Yo concuerdo con esta evaluación. Mi reformulación del judaísmo conservador se nutre sustancialmente de los esfuerzos de todos aquellos que me preceden.

En efecto, emprendo esta reflexión sobre la situación actual y el futuro deseado del judaísmo conservador plenamente consciente de cuánto ha *cambiado* la situación de la

colectividad judía norteamericana y el movimiento conservador desde los días de Gordis y Waxman; y reconozco también cuánto *no* ha cambiado. Es claro para mí que el judaísmo conservador, hoy por hoy, debe responder creativamente a la transformación masiva de nuestras vidas. Éste no puede permanecer igual a como ha sido en el pasado. Y, no obstante, en muchos aspectos clave, el judaísmo conservador *debe* ser igual. El compromiso con una *continuidad sustancial* con las prácticas y creencias de nuestra tradición, lograda en parte a través de *cambios cuidadosos y amorosos* a fin de responder a nuevas circunstancias, es exactamente lo que ha definido al judaísmo conservador desde sus inicios y ha guiado tanto su pensamiento como su práctica.

El compromiso con el judaísmo debe aplicarse en igual medida al movimiento como tal. Siendo consistente con este compromiso, los temas que abordaré en este ensayo siguen de cerca discusiones sobre el judaísmo conservador de líderes y estudiosos del movimiento que se remontan al comienzo del siglo XX con Solomon Schechter, quien igualmente avanzó y refinó posiciones articuladas primero por Zacharias Frankel en Alemania medio siglo antes. Sin embargo, mi análisis, mi posición en temas clave y mis recomendaciones para políticas y direcciones futuras son informados también por compromisos personales, religiosos y académicos que reflejan avances recientes que pensadores previos no habrían imaginado. Por

tanto, quisiera notar varios aspectos de este ensayo que se nutren pero también divergen de los esfuerzos de mis predecesores.

Uno de estos es que me abstendré de definir al movimiento en términos de lo que un artista llamaría el "espacio negativo" que lo rodea. Los esfuerzos de autodefinition del movimiento conservador han sido desde antaño complicados por el hecho de que éste se presenta (y ha sido percibido por adherentes y observadores) como *un punto medio entre la ortodoxia y la reforma*. Éste ha sido definido tanto por *lo que no es* así como por *lo que es*. No en vano, Frankel comenzó su nuevo movimiento al retirarse dramáticamente de una asamblea de rabinos con tendencias reformistas en Alemania en la década del mil ochocientos cuarenta, mientras seguía rechazando formulaciones ortodoxas del judaísmo que negaban el cambio y desarrollo histórico que él había documentado en su labor académica. El Seminario Teológico Judío (JTS) abrió sus puertas en 1887 en respuesta a la formulación del judaísmo reformista clásico de 1885 conocida como la "Plataforma de Pittsburgh". Los fundadores del JTS creían que ni la reforma ni la ortodoxia podrían o deberían ganar la lealtad de los judíos en el Nuevo Mundo porque ninguna de las dos exhibía fielmente la combinación de continuidad y cambio que ha sostenido al judaísmo rabínico a través de muchos siglos. Mordecai Kaplan ridiculizó al movimiento que trató de cambiar desde adentro (en parte como docente del JTS) al titular a un capítulo de su gran obra *El judaísmo como civilización* (1934) "El judaísmo conservador (el ala derecha del reformismo)" y a otro capítulo "El

judaísmo conservador (el ala izquierda de la neo-ortodoxia)". No es de sorprender entonces que Marshall Sklare, en su estudio pionero sobre el movimiento conservador, se refiriera y llamase al judaísmo conservador "ortodoxia en transición" y afirmara, sin titubeos, que el destino probable de sus miembros sería, tarde o temprano, el reformismo.

He tratado de evitar esta tendencia. Es cierto que el judaísmo reformista continúa representando un lado de la división entre "tradición y cambio", incluyendo un sinónimo de éste último en su mismo nombre. Mientras que la ortodoxia, particularmente en sus fragmentos conocidos como judaísmo ultraortodoxo o jaredí, continúa argumentando exitosamente que su oposición al cambio, su misma inflexibilidad, es justamente lo que lo identifica con la tradición. Es cierto también que el judaísmo conservador ha perdido terreno ante ambos movimientos en los últimos años (a pesar de que las causas de este cambio, en mi opinión, no son ideológicas sino que corresponden a la elevada tasa de natalidad de la ortodoxia y a la amplia aceptación dentro de la reforma de los matrimonios mixtos y del principio patrilineal para determinar la identidad judía).

No obstante, creo que el liderazgo y la membrecía del judaísmo conservador todavía se sienten atraídos al movimiento por lo que éste representa: un compromiso sustancial con el judaísmo tal como se ha practicado y enseñado desde antaño, acompañado de un igual compromiso con la sociedad y la cultura de la cual los judíos somos ahora una parte

total. Estoy convencido de que el judaísmo conservador necesita presentar de una manera más clara lo que éste defiende y representa, qué significa nuestro compromiso dual con el pasado y el presente, en vez de explicar reactivamente aquello a lo que está en contra. El énfasis en este ensayo será, por lo tanto, la definición de la práctica y la creencia conservadoras en relación con las ideas que el judaísmo ha defendido a través de los siglos más que en relación con otros movimientos a la izquierda o a la derecha. Como los líderes previos del movimiento, he enfatizado las ideas de pacto, fe y pueblo; halajá y aggadá; mitzvá, aprendizaje y tefilá; responsabilidad para con los demás judíos y con el mundo. Ésta es la forma en que los judíos conservadores añadimos nuestro capítulo a la conversación que comenzó en el monte Sinaí y la manera en que ejercitamos nuestra responsabilidad para con el futuro judío.

He tratado de hacer mi presentación del movimiento que Frankel llamó "judaísmo histórico positivo" *positiva* en otros sentidos de la palabra.

Primero: He prestado atención no sólo a principios y normas, incluyendo normas de práctica, sino también a la *práctica misma*, es decir la forma en que el judaísmo conservador es vivido día a día en el hogar, la sinagoga y la comunidad. Recientes estudios académicos sobre el movimiento han sido enriquecidos por un análisis similar de instituciones tanto como de ideas. (Ver por ejemplo el estudio *Los judíos en el centro* [2000] publicado por el miembro de la facultad de JTS Jack Wertheimer). Creo que perdemos buena parte

de lo que hace distintivo al judaísmo conservador si no mencionamos factores tales como la observancia de los rituales, el uso del hebreo, el apego a Israel, la dedicación al estudio, un estilo litúrgico único, la participación en puestos de servicio y liderazgo en las comunidades judías locales así como en las organizaciones judías nacionales, y una sensibilidad que yuxtapone y a la vez se nutre de aspectos de la historia y la creencia judías con elementos de la cultura secular en la cual los judíos conservadores son participantes plenos. Es mi firme creencia que la clave para el crecimiento y la vitalidad del movimiento conservador en las próximas décadas no radica tanto en el cambio de creencias, normas y convicciones fundamentales sino en cambios en el área de la práctica.

Segundo: La fuente de esta transformación es el *fortalecimiento de las comunidades conservadoras*. El tema de "comunidad" es central en este ensayo; un enfoque que resulta, sin duda, en parte de mi experiencia como miembro de la generación del baby boom, para la cual "la búsqueda de comunidad" ha sido una característica definitiva. El énfasis en la idea de comunidad radica en igual medida en la influencia de Mordecai Kaplan, quien hizo de la necesidad de "reconstrucción" de la comunidad judía un elemento central de su visión de la "reconstrucción" del judaísmo. No tengo duda, al reflexionar sobre el judaísmo conservador hoy en día, que un mayor compromiso con el estudio, la tefilá y la espiritualidad, la observancia del Shabbat y las fiestas, así como el trabajo en pro de la justicia social y la ciudadanía ambiental, resultará de la existencia de comunidades conservadoras más

fuertes y, recíprocamente, estos aspectos mejorarán la calidad de estas comunidades.

Tercero: Este ensayo es “positivo” en un sentido adicional. Creo firmemente en la continua corrección y vitalidad del judaísmo conservador, un camino en la Torá que ofrece gran alegría y sentido a mi vida y a la vida de cientos de miles judíos en Norteamérica y en otros lugares. El judaísmo conservador ha respondido a mi “búsqueda de comunidad” y la no menos difícil búsqueda de sentido y dirección en mi vida. En este ensayo me muevo constantemente entre el análisis y el testimonio personal porque mi confianza en el futuro del judaísmo conservador brota más que todo de la forma en que éste aborda mis más profundos esfuerzos así como los de muchos judíos alrededor del mundo.

Es por esto que este ensayo no mira solamente hacia el presente sino hacia el futuro; porque se expresa con pasión al igual que con razón; porque aborda políticas y programas a la vez que principios. No me cabe duda de que el mensaje, práctica e instituciones distintivas del judaísmo conservador son tan necesarias y vitales hoy por hoy como lo han sido en el pasado. Aquellos judíos que, como yo, son

atraídos por este sendero de la Torá—esta forma única de estar completamente arraigado en el pasado judío y a la vez estar completamente involucrado en la sociedad y la cultura del presente—garantizarán que el movimiento sobreviva y prospere. Cada porción de mis reflexiones incluye recomendaciones de políticas concretas diseñadas a asistir con este esfuerzo de renovación.

Este es un tiempo emocionante para ser judío. Nuestros desafíos van a la par de nuestras posibilidades. Aquellos que vivimos en Norteamérica tenemos el privilegio de ser miembros de la diáspora más bendecida que los judíos hayan experimentado jamás. Adicionalmente, contamos con la bendición de vivir en los tiempos del renacido estado de Israel, con todas sus posibilidades de desarrollo judío y humano implícitas en su existencia. ¿Qué haremos de cara a estas inmensas bendiciones? ¿Cómo podemos ser dignos, igualmente, de las inmensas responsabilidades que éstas conllevan? El judaísmo conservador provee las mejores respuestas que conozco a estas preguntas. Y me place compartir mi entendimiento de estas respuestas con ustedes.

Pacto

En mi opinión, la pregunta acerca de qué representa el judaísmo conservador es mejor respondida aclarando la posición en que se encuentran los judíos conservadores y *con quiénes* se encuentran. Creo que los judíos que viven hoy son herederos de la narrativa judía que comienza, de acuerdo a la Torá, con Abraham y Sará. Nos encontramos al pie del monte Sinaí junto con todas las generaciones anteriores del pueblo de Israel y estamos llamados a reafirmar las promesas adquiridas ahí con Dios, con nuestro prójimo y con el mundo. Estoy convencido, humilde pero firmemente, de que el Pacto del monte Sinaí continúa hoy a través de nosotros. Nuestra participación en el conjunto de relaciones implícitas en este Pacto añade incommensurablemente al sentido, alegría y propósito de nuestras vidas.

El hecho de que el Pacto del Sinaí estableció tanto *un pueblo* como una *relación con el Santísimo* subyace en el corazón del judaísmo conservador de hoy y del futuro.

Este doble pacto significa, primero y principal, que nuestra vida en tanto seres humanos judíos posee un sentido último. Por razones que como meros mortales nunca comprenderemos pero de las que, en tanto judíos practicantes, estamos profundamente agradecidos, el Creador del universo busca la asistencia humana para completar la labor de la creación. La Torá insiste en que el mundo no es suficientemente bueno tal y como es y que tú y yo podemos mejorarlo. Todos nosotros

somos necesarios para esta tarea: judíos y no-judíos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes. Todo lo que cada uno de nosotros aporta a la tarea es necesario: la suma total de nuestras diversas experiencias y aprendizajes, nuestras habilidades y conexiones, nuestra inteligencia y nuestra pasión, todas las artes y todas las ciencias, en resumen, como dice la Torá: todo nuestro corazón, toda nuestra alma y toda nuestra fuerza.

Abraham Joshua Heschel, quien pasó gran parte de su carrera enseñando en el JTS, captó adecuadamente el asombro e importancia de esta sociedad divina-humana para la vida de los individuos, tanto la tuya como la mía, en los títulos de sus dos obras más célebres. *El hombre no está solo*, Heschel famosamente insistió. *Dios [está] en busca del hombre*. El judaísmo, enseñó Heschel, provee una respuesta dadora de vida a lo que él llamó “la más vital y personal pregunta que todo ser humano se ve llamado a responder en cada día de su vida. ¿Qué he de hacer con mi mente, mi riqueza, mi poder?”.

Los judíos siguen tornando al judaísmo en busca de este sentido y esta finalidad. Yo soy un judío conservador dedicado porque, principalmente y a través del tiempo, he sido concedido esta preciosa experiencia del sentido bajo auspicios conservadores; he sido moldeado desde antaño por la convicción, central al judaísmo conservador, de que la parte judía de mí no necesita estar—es más, no debe estar—separada del resto de lo que yo

soy. La Torá exige y ofrece *completitud*. En nuestros días ésta requiere todo lo que los hombres y mujeres del siglo XXI podemos traer a la tarea. Gracias, en parte, a esta convicción, inculcada en mí desde la infancia, mi amor por mi familia y mis amigos está inseparablemente entrelazado con mi amor por Dios y la Torá.

Una segunda consecuencia del Pacto, que continúa hasta hoy, es que el judaísmo siempre ha sido más que una religión, a pesar de que la religión siempre ha sido una parte integral del judaísmo. Los judíos no se definen como una iglesia o como una secta. Más bien, la Torá establece a Israel como “un reino”, “una nación”, “un pueblo”. Tan importante como es la creencia religiosa dentro del judaísmo, ésta no lo es todo, y, posiblemente, ni siquiera es lo más importante. No es posible enfatizar este punto lo suficiente en una sociedad y en una cultura que tienden a tratar a la “religión” como una esfera separada, aislada de los aspectos más importantes de la vida, y que asumen que sólo un alto grado de separación entre las creencias y prácticas del común de la gente le conceden a alguien la cualidad de ser “religioso”. La Torá no está de acuerdo con esta aproximación. Ésta busca impactar la *totalidad* de la vida, individual y colectiva, y no meramente aquellos aspectos que otras escrituras y tradiciones consideran “religiosos”. La Torá ofrece una vía llamada *mitzvá* que, si la caminamos diligentemente, guía y transforma nuestra vida entera: cuando nos levantamos y cuando nos acostamos, cuando estamos en casa y cuando recorreremos nuestro camino.

Mordecai M. Kaplan, otra gran figura en la historia del JTS, captó una importante verdad sobre la insistencia de la Torá en que el judaísmo es más que una “religión” cuando, famosamente, definió al judaísmo como una “civilización” en su gran libro que lleva este título (1934). Kaplan sabía que el judaísmo siempre había incluido aspectos de la vida colectiva que van más allá de la “religión” en el sentido normal de la palabra: historia, lenguaje, literatura, tradiciones, organizaciones comunales, y una conexión íntima con la tierra de Israel. Kaplan quería asegurar a aquellos judíos para quienes las dudas sobre Dios precluyen el acceso a la fe, que el judaísmo tiene un lugar honorable para ellos.

Este punto merece ser repetido hoy en día. *Al fuero conservador entran individuos desde trasfondos diferentes y con diferentes necesidades.* Todas nuestras instituciones deben reflejar esto y simultáneamente ofrecer a los judíos el placer y el sentido que proviene de actuar, alabar, estudiar, celebrar y conversar juntos como *una comunidad de Torá que cuida de todos sus miembros.*

De esta idea se sigue que *las comunidades conservadoras deben ser más que sinagogas y nuestras sinagogas deben ofrecer más que oraciones.* El judaísmo conservador es bien conocido por la calidad de su observancia de los rituales y celebraciones del ciclo vital; el tono impartido a las relaciones familiares dentro de los hogares conservadores; el papel de liderazgo que se extiende tanto a mujeres como a hombres en la bimá y fuera de ella; y por el tenor distintivo en que la conversación conservadora se mueve, ida y vuelta, de

fuentes antiguas a política contemporánea, del hebreo al español, de las *zemirot* (canciones) de Shabbat a la música moderna como el rock y el jazz. Hay un intangible pero notable calor humano en nuestras sinagogas y escuelas que mana de un comfort con el judaísmo y con cada cual. En nuestra mejor versión, los judíos conservadores exhibimos una callada confianza de que *vivir en este siglo y su cultura a la vez que nos zambullimos en la tradición judía es lo que la Torá quiere que hagamos.*

Esta confianza es crucial para nuestro futuro; es la clave para el éxito de las comunidades

conservadoras y va de la mano con un sentimiento que tanto tú como yo—del mismo modo que nuestros ancestros—somos parte de una realidad y un propósito mucho más grande que nosotros, más duradero que nuestras vidas, y más amplio de lo que nuestras mentes alcanzan a concebir. Heschel lo dijo elocuentemente: “El judaísmo conservador es la más convincente interpretación de la Torá que conozco, una palabra preciosa en la conversación que comenzó en el monte Sinaí, guiando un trabajo en el pacto aquí y ahora que sólo nuestra generación puede cumplir”.

Comunidad

El Pacto requiere que exista comunidad: *comunidades* vitales de individuos solidarios, que se reúnen cara a cara, y que son la base de la *comunidad global* que conecta a todos los judíos a través de las generaciones y alrededor del mundo. La tarea de construir, mantener y transformar comunidades locales continúa siendo hoy uno de los desafíos más grandes a los que se enfrenta el judaísmo conservador (y toda otra forma de judaísmo).

Afortunadamente, es también una de nuestras mayores bendiciones. Lo que más amo del judaísmo conservador, creo yo, es la calidad de las comunidades vivenciales en las que éste me ha permitido participar: la alegría y la profundidad de las relaciones que nos ha brindado a mí y a mi familia en nuestro camino por el sendero de la Torá.

Nosotros los judíos siempre hemos necesitado comunidades fuertes para ayudar a cuidarnos los unos a los otros cuando nadie más lo hará, ofrecer sentido y consuelo cuando enfrentamos hostilidad o indiferencia, y promover la agenda a la que nos comprometimos en el monte Sinaí. En la Norteamérica actual, bajo la amenaza sin precedentes de la asimilación, necesitamos más que nunca comunidades de mutua responsabilidad y compromiso compartido. Sólo las comunidades vivenciales fuertes tienen el poder de persuadir a los judíos de permanecer judíos y de sostener la convicción de que nuestras creencias y valores verdaderamente importan en el mundo. Los

judíos que han experimentado los deleites de las comunidades vivenciales—ya sea en una sinagoga, en una escuela, en un campamento de verano, en un centro comunitario, en una misión a Israel o alrededor de la mesa de Shabbat—saben de primera mano que esa experiencia es uno de los beneficios más palpables del compromiso judío en nuestros días. Una comunidad judía vibrante ofrece una especie de sentido y conexión que no están disponibles en ningún otro lugar. Es la fuente de algunas de las más profundas alegrías y satisfacciones que puede ofrecernos la vida.

Esto es particularmente cierto en el caso de las comunidades conservadoras, que aprovechan al máximo la rica variedad de trasfondos, intereses, talentos y perspectivas que existen entre sus miembros. La comunidad se enriquece cuando las mujeres comparten posiciones de liderazgo con los hombres y cuando todos son estimulados a ofrecer sus diversas habilidades y opiniones al aprendizaje y la práctica de la Torá. La red de relaciones centrada en la Torá florece mejor cuando el grupo y todos sus miembros procuran—en consecuencia con la esencia del judaísmo conservador—*combinar los frutos de su plena participación en la sociedad y cultura que los rodea con un compromiso pleno y auténtico hacia las observancias, textos y normas de la tradición judía.*

Esto es cierto en cada aspecto de nuestras vidas y en cada faceta de nuestras instituciones. Nuestras sinagogas funcionan

mejor cuando son “casas de estudio y de reunión” a la vez que casas de oración; los servicios de Shabbat y las fiestas tienen un cariz diferente cuando los miembros de la congregación se han reunido para otras actividades durante la semana. Nuestras escuelas funcionan mejor cuando los padres y docentes comparten y exhiben los valores centrales y las actividades que se enseñan a los estudiantes. Y nuestras comunidades, de todo tipo, son enriquecidas por la presencia de jóvenes y ancianos, homo y heterosexuales, judíos por elección y judíos de nacimiento, luchadores por la justicia social y rezanderos fervorosos “que llegan temprano a la casa de estudio mañana y tarde”. Una diversidad de este tipo puede a veces fatigar a las comunidades hasta llegar a un punto de quiebre, lo cual hace aún más importante que los lazos de conexión que las une sean reforzados por actividades y compromisos compartidos por todos. Cuando las comunidades conservadoras encuentran una forma de expresar e integrar el talento variado que contienen, estas comunidades resultan fortalecidas. La diversidad ayuda a todos a crecer.

El judaísmo conservador ha puesto, en muchas ocasiones, al aspecto comunitario en primer plano (basta pensar en los poderosos escritos de Mordecai Kaplan al respecto) y, últimamente, ha redoblado sus esfuerzos en este ámbito, sin duda como una respuesta, así sea parcial, a “la búsqueda de comunidad” que ha sido tan importante para la generación del baby boom. La red de cuidado y responsabilidad mutua que llamamos “comunidad” cobró importancia, para muchos

de nosotros, durante nuestros años universitarios y ha preservado su relevancia, reforzada por las experiencias a lo largo de la vida que han hecho de la comunidad un aspecto crucial de nuestra identidad y nuestro judaísmo. Éste, ciertamente, ha sido el caso para mí.

Recuerdo—y espero que ustedes también hayan tenido una experiencia similar—las mañanas de Shabbat cuando mis hijos hicieron su bar mitzvá en nuestro shil conservador. En particular, recuerdo claramente y siento la emoción de aquellos momentos cuando la Torá fue sacada del arca y mis hijos la sostuvieron orgullosamente entonando el Shemá’, luego caminaron en procesión alrededor del santuario mientras mi esposa y yo permanecimos en nuestros sitios asignados en la primera fila. Nuestros niños, nos dimos cuenta, habían entrado a la comunidad de la sinagoga y de las generaciones en ese momento, incluso antes de las bendiciones rituales y de recibir la copa de kiddush. Nosotros los habíamos presentado y entregado a esta comunidad; sus alegrías y responsabilidades ya les eran familiares.

Tengo también otros recuerdos vívidos: cómo la comunidad me apoyó cuando mis padres fallecieron; el baile desenfrenado en Simjat Torá y otras festividades comunitarias; las acaloradas discusiones sobre creencia o práctica judía que terminaron sin causar un daño duradero a los lazos comunitarios o personales porque aquellas relaciones que han sido construidas a través de los años son suficientemente fuertes para aguantar desacuerdos; la satisfacción recurrente de

estudiar, rezar y trabajar junto con gente cuyos hijos he visto crecer, cuyas enfermedades he ayudado a superar, cuyas opiniones son, a veces, felizmente predecibles y a veces, aún más felizmente, todavía capaces de sorprenderme.

Las instituciones conservadoras exitosas son verdaderas comunidades de mutua responsabilidad y de compromiso compartido; lugares donde los miembros no sólo conocen tu nombre sino que también necesitan y valoran tus dones. Estas instituciones proveen, a todos aquellos que cruzan sus puertas, una seguridad palpable de que no están solos en el mundo. Las sinagogas grandes logran esto a través de una recepción cálida extendida tanto a conocidos como a extraños, de invitaciones a compartir cenas de Shabbat o grupos de estudio en casa, y a través de la formación de *javurot*, que se reúnen con frecuencia para celebrar, estudiar y rezar.

Los campamentos de verano tal vez tienen la labor más fácil de crear una comunidad compacta. Su impacto suele durar toda la vida, como las amistades que éstos facilitan. Las fraternidades y clubes de damas, los colegios judíos y las escuelas suplementarias de cada comunidad, los grupos de acción social y la *jevra kadisha* (sociedad funeraria), todas se

basan en la gratificación instantánea de la proximidad judía y la conversación íntima y profunda que las acompañan. Con el tiempo, estas conexiones avanzan y crecen. Los líderes conservadores laicos y profesionales tienen la responsabilidad de asegurarse de que los métodos seguros y conocidos para construir y proveer un sentimiento de comunidad sean desplegados, mejorados y actualizados.

Pero la fuente más importante de comunidad entre los judíos es el Pacto al que somos llamados. Un judío conservador tiene un asiento de primera fila en el monte Sinaí, por decirlo de algún modo—y un asiento en la mesa del estudio y el actuar judíos, donde nos esforzamos al máximo para descubrir cómo la Torá debe ser vivida y enseñada aquí y ahora—en formas que nunca antes habíamos imaginado. Cada uno de nosotros es necesario para ese trabajo, no sólo rabinos y académicos. También se necesitan doctores y científicos, artistas e inversionistas, padres de hijos e hijos de padres ancianos. La experiencia de abordar la tarea como parte de una comunidad nos permite entender por qué la Torá ha sido “un árbol de vida para todos los que se aferran a ésta”. Aunados por nuestra comunidad, cantamos estas palabras con un fervor especial y esperamos que nuestra danza alrededor de la Torá no termine nunca.

Pueblo de Israel y Estado de Israel

El judaísmo conservador fue fundado a raíz de un compromiso único con la noción de pueblo judío y éste retiene tal compromiso hasta el día de hoy. En 1845, cuando el rabino Zacharías Frankel hizo un llamado a implementar ciertos cambios con el fin de conservar la tradición judía de cara a las nuevas condiciones de la modernidad, insistió en que el servicio sinagoga continuase siendo mayormente en hebreo y que las plegarias por el retorno a Sión en la época mesiánica fuesen preservadas. Frankel creía que el trabajo del Pacto al cual los judíos estamos llamados requería de un *pueblo*—extendido a través de las generaciones y sobre la faz del mundo entero—que se sepa diferente a todas las otras naciones; en su visión esto era aún más cierto en la época moderna en la que los judíos comenzamos a aprovechar totalmente nuestra mayor participación en las sociedades y las culturas de las cuales somos parte. El *lenguaje del pueblo judío* y la *esperanza colectiva del pueblo judío* eran cruciales para encontrar el equilibrio correcto entre ser parte y estar aparte de las naciones entre las que los judíos habitamos. Ambos eran esenciales para el “judaísmo histórico-positivo” iniciado por Frankel y siguen siéndolo.

Ésta una de las razones por las que, a diferencia de otras corrientes modernas, a través de gran parte de su historia el judaísmo conservador no se consideró a sí mismo como un “movimiento” en el sentido normal de la palabra. Su fin no ha sido distinguir a sus adherentes de otros judíos en base a su

práctica o creencia religiosa, sino más bien salvaguardar — y creativamente avanzar — la vida del pueblo judío como una civilización religiosa. Un fuerte vínculo con los judíos de toda generación, pasada y futura, ha ido de la mano con un sentimiento de conexión con todos los judíos que viven hoy en día, sin importar su compromiso ideológico o su nivel de observancia. El pluralismo ha sido siempre básico para esta visión del judaísmo en una forma que no lo es para ninguna otra. Los líderes y los maestros del judaísmo conservador han reconocido que hay más de una forma en que los judíos serios pueden vincular su compromiso con el pasado judío con su compromiso con las sociedades y las culturas de las cuales son parte, aun sosteniendo que el judaísmo conservador es la mejor manera de hacerlo. Los judíos siempre hemos diferido en nuestra interpretación de la Torá y es posible que siempre lo hagamos. Pero la unidad de *kelal Yisra'el*, a pesar de estas diferencias, creemos, es esencial para el cumplimiento del Pacto.

La posición de los judíos conservadores en el centro del espectro también ha cumplido un papel en alimentar este compromiso. Tendemos a sentirnos cómodos entre judíos reformistas y en sinagogas reformistas de una forma en que los judíos ortodoxos no suelen hacerlo y vice versa. Como resultado de esta comodidad, tal vez, y manteniendo el compromiso del movimiento conservador hacia *kelal Yisra'el*, los judíos conservadores están fuertemente sobrerrepresentados en las

filas de los líderes comunitarios judíos, ya sean laicos o profesionales. La “pérdida” de liderazgo dentro del movimiento ha redundado, por generaciones, en una ganancia para la comunidad en general. Estoy orgulloso del rol masivo que ocupan los judíos conservadores en la vida del pueblo judío y confío en que podemos mantener esta contribución a la vez que atraemos el liderazgo necesario para asegurar la vitalidad de la visión conservadora de la Torá.

Tampoco es coincidencia que el movimiento conservador, con su enfoque sobre *kelal Yisra’el*, el uso del hebreo y la historia judía, haya puesto un énfasis único desde su incesión (que aún subsiste) sobre la conexión con *el pueblo, la tierra y el Estado de Israel*. El entusiasmo de los judíos conservadores por el Sionismo e Israel está entrelazado con nuestra convicción fundamental y guiadora de que la Torá debe ser vivida plenamente por el pueblo judío en las circunstancias radicalmente nuevas de la modernidad. No hay cambio más radical o que requiera una adaptación y conservación más creativas de la tradición heredada que la renovada soberanía judía sobre la tierra de Israel. El Estado de Israel ofrece un rango sin paralelo para la enseñanza y la práctica de la Torá en la esfera pública, incluyendo áreas desde la educación y la política ambiental hasta la salud pública, el trato a los pobres, la justicia para comunidades minoritarias y temas de guerra y paz.

El judaísmo conservador tiene una contribución vital para brindar a Israel: una forma única de estudiar el judaísmo y de aplicar sus enseñanzas a nuevas condiciones.

(Esto hace que la continua discriminación hacia los judíos no ortodoxos en Israel sea tanto aún más trágica). Israel, por su parte, no es sólo esencial para la supervivencia y el florecimiento de los judíos de todo tipo y en toda nación—incluidos los Estados Unidos—sino que es una parte esencial del significado de la vida para muchos judíos alrededor del mundo, incluyéndome a mí. La brecha creciente entre los judíos jóvenes en Norteamérica y el Estado de Israel amenaza a ambas comunidades y debe ser trabajada urgentemente desde ambos lados de la división. Los judíos conservadores podemos hacer esto, primeramente, a través de una colaboración más estrecha con el creciente número de comunidades masortí (conservadoras) en Israel. Dado nuestro compromiso con *kelal Yisra’el*, debemos también tratar de establecer lazos con un espectro más amplio que incluya israelíes de todo tipo—ya sean “religiosos” o “laicos”—quienes pueden necesitar nuestra ayuda y beneficiarse con nuestra perspectiva única. El judaísmo conservador/masortí del siglo XXI no debe ser visto nunca como una provincia exclusiva de los Estados Unidos y Canadá.

Soy consciente de que estos compromisos están en peligro en la Norteamérica del siglo XXI. El apego al pueblo judío es malinterpretado y denunciado como tribalismo. Algunos judíos jóvenes buscan “judaísmo sin judíos”—un elevado estado espiritual y ético a través de las enseñanzas proféticas y místicas del judaísmo sin la milenaria responsabilidad que conecta a cada judío con el otro en una comunidad local o global. Otros, acá y en Israel, buscan un

judaísmo étnico o nacional desarraigado de la milenaria búsqueda de conexión y servicio al Absoluto, el Santo, el que es Bondadoso y hace el Bien, Dios. Ninguna de estas dos rutas es posible o deseable, creo yo. Por razones que he de aclarar más adelante, el judaísmo conservador concibe lazos tanto con el judaísmo como con otros judíos, el uno inseparable de los otros, de una manera que es plena y convincentemente compatible con las más sofisticadas sensibilidades y normas del siglo XXI. Ofrece una visión de la religión, de nuestra identidad como pueblo, de la ética y de nuestro propio ser que es vital no sólo para los judíos y el judaísmo sino para el mundo entero.

Para mí este cálculo de responsabilidad comienza y termina con esta proposición verdadera y asombrosa: los judíos en Norteamérica en el 2015 contamos con una bendición única. Tenemos el privilegio de vivir en la diáspora más excelente en la larga historia de nuestro pueblo y, como si esto no fuera bendición suficiente, vivimos en los días de un renacido Estado de Israel que nuestros ancestros apenas podían soñar. ¿Cómo hemos de reaccionar ante tanta bendición? Comprometiéndonos con ésta con todos los recursos a nuestro alcance. Asumiendo responsabilidades por el pueblo judío y el judaísmo que las generaciones pasadas no pudieron asumir. Construyendo comunidades de Torá que, hasta hace poco, no hubieran sido siquiera concebibles.

Aprendizaje

Las preguntas centrales que enfrenta cada individuo judío y cada generación de judíos son éstas: ¿Qué papel jugaremos en el cumplimiento del Pacto que conecta a los judíos unos con otros, con Dios y con el mundo? ¿Qué palabra añadiremos a la conversación que comenzó en el monte Sinaí? ¿Qué capítulo escribiremos en esta historia que se remonta a Abraham y Sará?

Es imposible responder estas preguntas de manera responsable sin un aprendizaje judío serio. Nuestro conocimiento de cómo los judíos han vivido y enseñado la Torá *hasta ahora* debe ser lo suficientemente amplio y profundo para adecuarse al desafío de enseñar y vivir la Torá *ahora y en el futuro*. Este desafío incluye las urgentes preguntas que *todo* ser humano serio se plantea: ¿Cómo puedo usar mi tiempo en esta tierra de la mejor manera posible? ¿Cómo puedo ser una buena persona, un buen amigo, un buen cónyuge o un buen padre o madre de familia? ¿Un buen hijo o hija para mis padres? ¿Cómo puedo asegurarme de dejar el mundo en un mejor estado del que lo encontré? ¿Cómo debo servir a Dios y pensar acerca de Él? Los seres humanos judíos, como todos los individuos pensantes de todo trasfondo y credo, quieren respuestas tanto a estas preguntas como a las otras que he mencionado. *Necesitamos* estas respuestas. Esto, más que cualquier otra cosa, es lo que motiva al aprendizaje judío.

Idealmente, el judaísmo conservador ofrece formulaciones distintivas tanto de estas preguntas como de sus respuestas:

- Éste se ocupa valiente, honesta y auténticamente de nuestros dilemas contemporáneos, con la convicción de que la Torá, correctamente interpretada para nuestras condiciones cambiantes, ofrece la sabiduría necesaria para guiarnos a través de las complejidades de hoy en día tanto en nuestra vida privada como en nuestra vida pública; tanto en la comunidad judía como en la sociedad en general.
- Nuestro movimiento sostiene que la *diversidad de voces* que emanan de los textos sagrados de nuestra tradición y la *variedad de formas* en que los judíos del pasado han aplicado las enseñanzas de la Torá a nuevas circunstancias, son esenciales para el futuro judío. Florecemos al conectarnos con las enseñanzas y prácticas judías que nos han sido legadas. Nos enriquecemos a raíz de la responsabilidad para con nuestros contemporáneos al igual que para con nuestros ancestros y descendientes.
- El judaísmo conservador cree que los judíos no podemos desarrollar nuestra tradición sin antes apreciar el rico encuentro entre comunidades judías cultas y observantes, del pasado y del presente, y las sociedades y culturas generales en las cuales los judíos participamos. “¿Quién es

sabio?”, preguntan nuestros sabios en *Pirké Avot*. : “Aquel que aprende de toda persona”. Y, el judaísmo conservador añade: de cada cultura, de cada religión, de cada rincón del conocimiento y experiencia humanos tanto de la antigüedad como de la era moderna.

Todos estos elementos definen el aprendizaje en el judaísmo conservador. Creemos que todos son necesarios para hacer al mundo mejor a través de la Torá.

Louis Finkelstein, el canciller del Seminario Teológico Judío desde 1940 hasta 1972, resumió lo que él consideraba las “premisas fundamentales” del judaísmo conservador en las afirmaciones gemelas de que el judaísmo es “una religión en desarrollo” que siempre ha experimentado cambios, y que “este cambio no es uno de deterioro u osificación sino de crecimiento, auto-expresión y reverdecimiento”. No somos menos dignos que nuestros ancestros por pertenecer a nuestro siglo en lugar de al de ellos. Nuestra labor, ahora como nunca, nuestro privilegio ahora como nunca, es *estudiar* a los sabios del pasado para poder *emularlos*: presentando un judaísmo atractivo para esta era revolucionaria, como nuestros ancestros hicieron en su época.

La proposición de Finkelstein explica por qué, y en el caso de los judíos conservadores tal vez más que para otros, este principio rabínico es válido: *talmud Torá kenegued kulam*, el estudio de la Torá es equivalente en importancia a todos los otros mandamientos combinados. La tarea de discernir y seguir los preceptos de la Torá es desafiante. Conectar a la Torá con los

más finos conocimientos de la cultura general y adaptar el judaísmo responsablemente a nuevas condiciones cuando sea necesario, añade una medida de dificultad a la tarea. Estas dos tareas adicionales—fundamentales para el judaísmo conservador—requieren de un completo, complejo y matizado conocimiento del pasado judío que incluye un entendimiento de la multiplicidad de formas en que los judíos hemos interactuado a través de los siglos con las culturas más amplias de las cuales hemos sido parte. El aprendizaje dentro del judaísmo conservador—ya sea de textos y prácticas [la parte *positiva* en el “judaísmo histórico-positivo” de Frankel] o de los cambiantes contextos *históricos* de las creencias y las prácticas, requiere prestar atención a los patrones de continuidad y transformación, diversidad y unidad, que en otros movimientos judíos son mucho menos relevantes.

El aprendizaje de este tipo es un mandamiento central para los judíos conservadores y uno que, como enfatizaba Finkelstein, es usualmente cumplido amorosamente. “Somos atraídos a la Torá con vínculos de amor hacia ella y hacia sus normas. Amamos sus ceremonias, sus mandamientos, sus reglas y su espíritu. Nos regocijamos en su estudio”. En mi opinión, esto es cierto; los judíos conservadores—si son afortunados en su elección de maestros y compañeros de estudio—experimentan momentos de emoción, alegría y verdadera gratitud en su activa participación en esta milenaria conversación con la Torá. Su experiencia de aprendizaje es elevada por el descubrimiento que todos los partícipes—mujeres y hombres,

adultos y jóvenes, profesionales y laicos— tienen grandes contribuciones que aportar.

Nunca olvidaré al hombre cincuentón que compartió con nuestro grupo de oración su experiencia del día en que entendió el Shemá en hebreo por vez primera—palabra por palabra—al ser leída en voz alta de la Torá. Él había llorado ese día, nos dijo, y sus ojos se llenaron de lágrimas al compartir su historia. Nuestros ojos también lo hicieron.

Recuerdo ocasiones en que los directivos de nuestras sinagogas y de nuestras federaciones se emocionaron e inspiraron al descubrir que muchos de los más difíciles dilemas que ellos enfrentaban ya habían desafiado a líderes comunitarios judíos durante muchos siglos. Atesoro la lucha de los judíos jóvenes al tratar de establecer distinciones entre su judaísmo y la cultura general—a veces combinándolos, a veces separándolos dolorosamente—en compañía de, y gracias al aprendizaje de, judíos que hicieron esfuerzos similares hace miles de años.

Y ciertamente recuerdo con gratitud el descubrimiento al que llegué gradualmente en mi adolescencia al estudiar el texto bíblico en hebreo, junto con los comentarios medievales que estaban también en su lengua original. Descubrí que yo también podría sentarme a la mesa del aprendizaje judío con aquellos comentaristas. Sus desacuerdos e innovadoras percepciones constituían una especie de invitación. Estudia lo suficiente, practica lo suficiente y nosotros también podremos forjar otro eslabón en la cadena de la Torá. La

emoción de haber tenido esta oportunidad jamás me ha abandonado.

Es profundamente satisfactorio para mí acercarme a la Torá y a la tradición de esta manera. Cuán maravilloso es que ninguna pregunta esté descartada a priori y ningún cuerpo de conocimiento sea considerado irrelevante. Cada persona, cada profesión, cada experiencia de vida y en el área profesional tiene el potencial de añadir a nuestro entendimiento de lo que la Torá significa y lo que quiere de nosotros.

Creo que el aprendizaje judío conservador, más que cualquier otra cosa, es lo que distingue a nuestro movimiento de todos los demás. Buscamos—y de acuerdo a mi experiencia muchas veces alcanzamos—un equilibrio entre texto e historia, halajá y aggadá, tradición y dilemas contemporáneos que es verdaderamente distintivo.

Los *prerrequisitos y principios básicos* del aprendizaje judío conservador—sin importar su ámbito, nivel o edad—se siguen directamente de la visión distintiva del movimiento.

Comunidad es uno de los prerrequisitos del aprendizaje judío. El *entorno para el aprendizaje judío debe ser una comunidad en el sentido fuerte y vivencial (cara a cara) de la palabra* que he descrito previamente. Queremos que los judíos estudien Torá en contextos de inclusividad, responsabilidad mutua y calor humano; con maestros y compañeros de estudio que compartan su compromiso distintivo hacia el proyecto de la Torá de nuestro movimiento; en tiempos y

espacios que estén abiertos al mundo exterior pero que sean marcada y orgullosamente judíos.

Los campamentos de verano y los colegios judíos de jornada completa son tan exitosos como sitios de aprendizaje judío en gran medida porque hablan el lenguaje de la comunidad judía en todo lo que hacen y en cada ocasión. Deportes y computación, biología y Shakespeare, son parte de una alegre y comprensiva realidad judía. A fin de evitar reforzar la percepción equivocada de que el judaísmo es algo meramente marginal a la vida, las escuelas suplementarias deben trabajar con más ahínco para unir a los estudiantes y padres de familia en comunidades que respalden la instrucción que ofrecen. Todos los sitios de aprendizaje conservador deben ser lugares donde los maestros y *madrijim* sirvan como modelos de un compromiso vivencial y comuniquen mucho más que información o habilidades. Los miembros adultos de la comunidad deben participar visiblemente en el aprendizaje judío tanto como los niños y los jóvenes. La experiencia de la Torá debe ser una de comunidad viva—todo lo contrario a una “irrelevante, opresiva, aburrida e insípida” presentación (en las ácidas palabras de Heschel), no sea que el aprendizaje judío transmita el mensaje de que el judaísmo comparte estas cualidades.

Comunidades de aprendizaje. Toda institución conservadora—comenzando por las sinagogas—puede y debe vibrar con el aprendizaje judío de alta calidad que describimos anteriormente, involucrando a

miembros (y no miembros) de toda edad y nivel de conocimiento en la conversación de las generaciones. Los textos deben ser leídos en el original hebreo, cuando sea posible, para promover un encuentro directo con nuestra tradición y nuestro pueblo a través de las generaciones y alrededor del mundo. Pero la vasta colección de libros, historia y reflexiones judías disponibles en traducción—y por internet — hacen posible para cada campamento, grupo juvenil, organización y congregación exponer a cada estudiante a los recursos de nuestra tradición de una forma honesta, apasionada y sofisticada. A ningún judío conservador le debe ser negado el placer y la emoción de un encuentro cara a cara con la sabiduría de la Torá o las perspicaces interpretaciones de nuestros ancestros. Todos tienen algo que contribuir a este aprendizaje. En otras palabras, nuestros objetivos deben ser simultáneamente altos en cuanto a calidad y amplios en cuanto a alcance, aprovechando, cuantos recursos comunitarios, alianzas y consorcios estén a nuestra disposición.

Comunidades de práctica. El judaísmo siempre ha enfatizado la necesidad de un aprendizaje que lleve a la acción: tanto porque la acción es necesaria para seguir la guía de la Torá hacia un mundo más justo y compasivo, como porque el aprendizaje mismo es enriquecido por la práctica que resulta de éste. Heschel expresó esto correctamente cuando llamó a los judíos a dar un “salto de acción”, a hacer más de lo que comprendemos para llegar a entender más de lo que hacemos.

Hay una especie de conocimiento—del amor, por ejemplo, o de la paternidad—que no

puede ser experimentado desde afuera. Hay cosas que aprendemos—y aprendemos a amar—sólo a través de la práctica disciplinada. El amor a Dios y a los mandamientos se desarrolla de esta manera. Las comunidades de práctica leen la Torá y *siguen sus preceptos*. Meditan sobre la naturaleza de los mandamientos y su obligación sobre nosotros *a la vez que recorren el camino trazado por la mitzvot*, sometiéndose a una reducción de su completa autonomía y disfrutando de la libertad superior y la responsabilidad que esto permite.

El hecho de que los judíos conservadores se mueven cómodamente en el mundo y conocen sus atracciones, agudiza nuestra necesidad de movernos también de acuerdo a ritmos y normas judíos y de experimentar sus atracciones poderosamente. El aprendizaje es grandemente enriquecido cuando las comunidades de práctica entretajan el estudio de las palabras de la Torá con la observancia de los preceptos de la Torá.

Lo importante es que nuestro aprendizaje sea un tema de urgencia para la vida. Queremos ser los mejores padres, parejas, amigos y ciudadanos que podemos ser; necesitamos pensar sobre Dios y el propósito de nuestra vida de la mejor manera posible; debemos encontrar la mejor manera de servir a Dios y de dejar este mundo de Dios en un mejor estado del que lo encontramos. Con este fin, excavamos en nuestros textos buscando sabiduría y recurrimos a nuestros ancestros y contemporáneos en busca de consejo.

Recientemente, un grupo de rabinos, maestros y líderes del movimiento conservador me acompañó en la labor de formular los principios para el aprendizaje judío, muchos de los cuales fueron ya expuestos explícita o implícitamente en lo que he dicho sobre el tema. Los resumo aquí: cada principio requiere ser traducido a las áreas de planes de estudio, programas y actividades y ser diseñados con grupos particulares de estudiantes y de maestros en mente.

1. **La Torá** es la base, método y objetivo del aprendizaje judío conservador (AJC), tanto en su sentido estricto de los Cinco Libros de Moisés (“la Torá”) como en un sentido amplio (“Torá”) que incluye todos los estratos de enseñanza y vidas construidas a través de los siglos alrededor del núcleo de la Torá. El estudio de los textos que recogen la lucha de nuestros ancestros con Dios y con la tradición es primordial para los judíos conservadores. El aprendizaje comienza y luego retorna siempre a los textos básicos del judaísmo.
2. **La historia y la vida continua del pueblo judío** constituyen una parte integral del AJC. Cuando estudiamos, prestamos cuidadosa atención tanto al texto como al contexto. La Torá es revelada en los múltiples esfuerzos de las comunidades e individuos judíos a través de los siglos por vivir de acuerdo a sus enseñanzas. Por la misma razón, queremos entender a las comunidades, sociedades e instituciones judías de hoy, ya estén éstas en Norteamérica, en otros lugares de la diáspora o en Israel.

3. El aprendizaje judío conservador es **honesto, racional**—“al descubierto” como lo expresó un colega — siempre estimulando a los estudiantes a que hagan preguntas y siempre buscando entender las razones detrás de la forma en la que se cree y se practica. Al mismo tiempo, y en igual medida, el AJC es **apasionado, viene directo del corazón y toca el alma**, dotado de una profunda emoción que expresa su amor por la Torá, su amor por el pueblo judío, su amor por la vida misma e—idealmente—su amor por Dios.
4. El AJC fluye desde y hacia—siendo una parte integral de—**una práctica judía comprometida, alegre y disciplinada** asumida en cumplimiento del papel de los judíos como socios del Pacto. Estamos decididos a incrementar la justicia y la compasión en el mundo. Nuestro estudio de la Torá, por lo tanto, incluye tanto halajá como aggadá y toma a ambas seriamente, tratando de conectar de la mejor manera la observancia con el sentido, el ritual con la ética y con trabajo en pos de la justicia social, un comportamiento que es único a un judaísmo con anhelos y preocupaciones universales. **La práctica es una forma de aprendizaje**, una maestra de lecciones que no pueden ser aprendidas de otra manera. Aprendemos Torá porque queremos ayudar a Dios a hacer al mundo más justo y más compasivo, y para dejar al mundo en mejor estado del que lo recibimos.
5. El AJC enfatiza el **hebreo** lo más posible, por dos razones: para mantener una conexión cercana con nuestros hermanos judíos en Israel y alrededor del mundo, así como para tener acceso inmediato a los textos sagrados, el siddur, y a los archivos de las formas previas del estudio judío y de la vida de acuerdo a la Torá.
6. **El Shabbat y las fiestas** son ocasiones importantes y medios para el AJC, a la vez que temas importantes de éste. Separamos lugares y tiempos para reunir a los judíos, reconectarlos con su pueblo y sus tradiciones, involucrarlos en atrayentes experiencias rituales de santidad y proveer el andamiaje tradicional dentro del cual los judíos conservadores podemos buscar la presencia de Dios.
7. El AJC sirve a la eterna humana **búsqueda de la sabiduría**. Éste busca mejorar nuestras vidas notoriamente y promover nuestro crecimiento como seres humanos judíos al proveer una guía para el matrimonio, la amistad, la crianza de los hijos y el enfrentamiento a la enfermedad y la tragedia. El aprender bajo auspicios conservadores debe ser una experiencia espiritual que responda a los anhelos más profundos del ser.
8. El AJC valora **el estudio académico sobre el judaísmo y los judíos**, y expone a sus estudiantes a éste, poniendo la academia al servicio de la Torá. Nos resistimos a asumir una postura puramente crítica, aun cuando damos la bienvenida a modernos enfoques críticos—teniendo la historia un papel integral—para poner a

prueba nuestro aprendizaje y nuestra práctica.

9. Los judíos conservadores ven a la Torá como lo que uno de los participantes de nuestro foro llamó “cartas de amor de **Dios** al pueblo judío”. Vemos nuestro involucramiento en el estudio de la Torá a través de los siglos y en nuestra generación como las cartas de amor enviadas, en respuesta a las de Dios, por el pueblo judío. Nuestro movimiento siempre ha reconocido la diversidad de las creencias judías sobre Dios a través de los siglos. Estas diferencias nunca han sido tan profundas como en nuestros días. Muchos judíos conservadores no son ni serán “creyentes” en un sentido tradicional de la palabra. Y aun así, nuestras comunidades siguen comprometidas a “las luchas con Dios” y a la búsqueda del encuentro con el Santísimo.
10. Por todas estas razones, el AJC estudia y añade a lo que otro de los participantes de nuestro foro llamó el **daf de la Torá**, un término extraído de la palabra hebrea para cada página de texto talmúdico con sus comentarios. El **daf** para los judíos conservadores significa la siempre creciente revelación de la voluntad de Dios al pueblo judío a través de nuestro estudio y nuestra práctica. Estamos comprometidos a expandir este **daf**, como

lo hicieron nuestros ancestros, usando nuevos medios, nuevas preguntas y nuevos descubrimientos.

Cuando yo tenía once años, un estudiante de medicina, hijo de mi maestro de *kitá alef* (primer grado) en la escuela hebrea, se dio a la tarea de enseñarme la cantilación de la Torá que se hace durante los servicios desde el pergamino del séfer. Mi sección era Beshalaj, la porción que describe la etapa final del éxodo de Egipto e incluye la Canción del mar, usualmente recitada con una melodía especial que me dio mucho orgullo memorizar. Todavía puedo recitar este pasaje de la Torá de memoria y todavía conservo algo más de estas clases de Torá. Mi maestro de *kitá alef*, un hombre muy gentil y (para mis ojos en ese entonces) muy anciano, escribió a mano toda la porción que estaba aprendiendo tanto en hebreo como en inglés. Este gesto no tenía sentido: el señor Lowenthal sabía que yo poseía libros que contenían el texto. Pero él también sabía que enseñar va mucho más allá de un propósito racional. Y por lo tanto me legó una expresión de su amor—por la Torá y por mí—que aún conservo en una carpeta verde en mi anaquel.

Siempre lo atesoraré, como atesoro al aprendizaje judío. Y espero seguir el ejemplo de mi maestro en compartir su amor por la Torá con mis estudiantes.

Mitzvot

El compromiso que los judíos del siglo XXI hacen con una vida de mitzvot es decididamente contracultural. Nosotros, hombres y mujeres modernos, hemos sido educados para valorar la autonomía, resistir la autoridad y defender celosamente nuestras opiniones. La noción misma de mandamiento—y, más aún, la noción de un mandamiento divino—parece antitética con respecto a la libertad personal, una afronta al individuo que muchos contemporáneos ven con desconfianza. Los judíos no somos inmunes a esta tendencia. El sociólogo Stephen M. Cohen y yo escuchamos muchas protestas no solicitadas por parte de “individuos soberanos” en el proceso de investigación para nuestro libro *The Jew Within: Self, Family and Community in America* (*El judío interior: individualidad, familia y comunidad en Norteamérica*): “Nadie puede decirme qué debo hacer como judío”; “Elijo observar el judaísmo como elijo observarlo”. Los individuos soberanos creen que tienen un *derecho* a ejercer esta elección con respecto a su observancia y su compromiso con el judaísmo. Desde su óptica, sería equivocado *no* hacerlo: ya que estarían siendo “deshonestos” o “inauténticos” al involucrarse con una práctica que no es personalmente significativa en el *momento* de llevarla a cabo. Cada mitzvá—lejos de ser obligatoria y parte de un patrón más amplio al que se han comprometido—debe justificar su propia observancia en cada ocasión.

La mayoría de los judíos conservadores reconocen que la participación en el Pacto del monte Sinaí trasciende la supuesta dicotomía entre la libertad y la obligación, entre la “autonomía” y la “heteronomía”. Ellos comprenden que la Torá requiere de una disciplina de práctica constante: una *vía* omincomprensiva más que una serie de “buenas acciones” individuales. Creo que han aprendido a través de su experiencia que las mitzvot—precisamente por ser tan abarcadoras—proveen a la vida una entereza preciosa que sería inalcanzable de otra manera. La manera en que comemos está conectada con el ritmo de la semana y del año; la forma en que aprendemos la Torá es inseparable del bien que intentamos hacer en el mundo; todas estas cosas fluyen de un encuentro con Dios y hacia éste, sin importar cómo piense la persona sobre Dios, la Verdad última y la Fuente de la existencia, o cómo trate de servirlo. Un número notable de judíos conservadores decididamente toman el “salto de acción” hacia las mitzvot a pesar de las corrientes culturales en su contra y, al hacerlo, adquieren un sentido de entereza para su vida que es inalcanzable de otra manera. Y al menos un número similar aspiran a hacerlo o a hacerlo más a menudo.

Es importante enfatizar, como lo ha hecho el judaísmo conservador desde sus inicios, que hay múltiples fuentes de compromiso judío, múltiples fuentes de autoridad para la Torá. Algo más que el mero sentido de deber inspira a los judíos a hacer sacrificios por Israel y por la

educación judía de sus hijos. Algo más que una abstracta idea de obligación anima a aquellos que dedican incontables horas de servicio a sinagogas, a federaciones y a otras causas. La creencia en la Revelación del monte Sinaí tampoco es lo que motiva a la mayoría de los judíos, la mayoría de las veces, a asumir éstas y otras responsabilidades. Hacemos estas cosas—y asumimos muchas de las mitzvot que observamos—porque estamos agradecidos por la vida que la Torá hace posible, así como por tener recursos que podemos compartir; nos alegramos de contar con la oportunidad de retribuir a nuestras comunidades, somos leales a los caminos de nuestros padres y abuelos, y estamos enamorados de la vida que el judaísmo hace posible. Las combinaciones de nuestras motivaciones son muchas y no siempre bien entendidas. Algunos judíos actúan en obediencia a Dios. Algunos escuchan a su conciencia. Otros creen que Dios les habla a través de su conciencia, o a través de la voz de la comunidad. Todos encuentran sentido y alegría en una vida gobernada por la Torá. Por ello es que *mandamiento* no es una traducción adecuada de mitzvá, del mismo modo que *buena acción* tampoco refleja su significado. Mitzvá significa tanto más que cualquiera de estas dos cosas. Es, como la Torá misma, un patrón, una fuente ennobecedora de entereza, un camino.

Este enfoque conservador a la idea de mitzvot coincide con un midrash jasídico sobre la palabra que Abraham Heschel solía citar: una mitzvá es un acto hecho *betzavta* (juntos), con Dios y con nuestros hermanos judíos. Ésta es lo mejor de lo que sabemos con nuestra mejor idea de lo que Dios quiere de nosotros. Las

mitzvot participan de la autonomía y de la obligación, de la libertad y de la responsabilidad, de las interpretaciones de generaciones previas y de las innovaciones proporcionadas por nuestra propia generación. Esta alianza, nos dice el judaísmo conservador, es esencial para prolongar el camino de la Torá hacia el futuro.

Las convicciones sobre la materia que son únicas al movimiento conservador pueden ser resumidas en los siguientes puntos:

- Creemos que las mitzvot requieren *cada* pedazo de conocimiento, habilidad, experiencia y reflexión que podamos dedicarles, sin importar la fuente: antigua o contemporánea, judía o gentil. Sabemos, tanto por tradición como por experiencia, que todos nosotros somos necesarios así como todos nuestros descubrimientos.
- Reconocemos que estamos *obligados por las mitzvot*—no somos y no queremos ser agentes enteramente autónomos—y que las acciones “rituales” como el shabbat o las reglas de kashrut no son menos parte de esta obligación que las acciones “éticas” como honrar a nuestros mayores y cuidar de los pobres.
- Finalmente, sabemos que las normas y detalles de la observancia judía—a las cuales llamamos colectivamente halajá—han *cambiado* durante los siglos y *deben cambiar* para retener su fuerza en condiciones cambiantes. La observancia es necesaria, como lo es la flexibilidad en la observancia. Atesoramos que los judíos

confieren *diversos significados* a la observancia de las mitzvot y respetamos los *diversos patrones* de observancia. Queremos que estos patrones enfaticen tanto la ética como el ritual, la libertad así como la responsabilidad, las obligaciones para con la “creación” como los deberes con el Creador. Nos aferramos a nuestro Pacto distintivo en tanto judíos—protegiendo la vida judía y los intereses judíos que son los medios necesarios para el cumplimiento de este Pacto—y buscamos aliados entre los otros Hijos de Noé, a quienes respetamos en la diferencia de sus propias tradiciones.

En esto, como en otras maneras esenciales, el judaísmo conservador prescribe un equilibrio que me parece justo. Mi predecesor como canciller del JTS, Ismar Schorsch, captó la esencia de este equilibrio en su expresión “judaísmo estereofónico”, un refinamiento del “concepto clave” de polaridad en el pensamiento de Heschel. Localizar este equilibrio es difícil pero esencial.

Varias implicaciones se siguen de estas premisas, presentadas aquí con la esperanza de avanzar la conversación conservadora y expandir la práctica conservadora, ambas esenciales, a mi parecer, para el futuro de nuestro movimiento.

Encuentre a los judíos donde éstos se encuentren. No presente las mitzvot como un todo o nada, tómelo o déjelo, blanco o negro. Comience con uno de los muchos accesibles puntos de entrada a la observancia que son parte de la observancia actual de las personas y

confiérales un significado nuevo. “Comencé por no gastar dinero en Shabbat”, explicó una joven rabina recientemente a su congregación. “Mi siguiente experimento fue no usar electricidad... Recuerdo mi sorpresa al ver la diferencia que estas cosas hacían”. No olvidaré en mucho tiempo a la joven mujer que me dijo, sin yo preguntárselo, cómo encender velas el viernes en la noche había cambiado su vida.

Comience, como la “Mitzvah Initiative” (Iniciativa de Mitzvot) de JTS, con una conversación honesta acerca de qué mitzvot practican o no practican los judíos y por qué. Algunos judíos se sorprenderán al descubrir cuántas mitzvot observan, ignorando que muchos de los actos que hacen regularmente son requerimientos de la Torá. Algunos confesarán que no obedecen a Dios cuando hacen mitzvot sino que escuchan la voz de su consciencia o la voz de sus ancestros o las necesidades de su comunidad local o un llamado a la responsabilidad judía. Otros confesarán que, en efecto, ellos sí obedecen a Dios y creen que la Torá comunica la voluntad de Dios.

Estimule los múltiples significados que los judíos traen a su práctica judía. Valore la exploración a través de toda una vida, los viajes enredados y los desvíos aparentes que acaban siendo las etapas esenciales de nuestro acercamiento a las mitzvot. “Entender las tradiciones históricas y la teoría que subyace detrás de nuestras más atesoradas prácticas me ha ayudado a descubrir qué es lo que considero más importante para mí”, me dijo una participante de la Mitzvah Initiative. “Espero perseverar en algunos de los caminos que se han abierto para

mí”. Ella valoraba la experiencia de estudio y de práctica porque, gracias a ésta, tanto ella como su marido habían crecido como individuos, como pareja y como miembros de su comunidad.

Una amiga me dijo una vez que había comenzado a encender velas los viernes en la tarde poco después de haber fallecido su padre porque su madre le había pedido que comenzase a usar los candelabros que había heredado de su bisabuela. Mi amiga esperaba que eventualmente su hija hiciera lo mismo. “No es por Dios”, me dijo. Pero es por el judaísmo, el deber, un acto distintivamente judío que une a las generaciones unas con otras.

*Reconozca que hay muchos judíos pensantes y comprometidos de todas las edades en las sinagogas conservadoras, escuelas, campamentos, grupos juveniles y organizaciones. No necesitamos idealizarlos o pintarlos color de rosa para apreciar su calidad. Creo que, a veces, los judíos conservadores no se dan a sí mismos y a otros el respeto que se merecen. No necesitamos compararnos con otros judíos que son más escrupulosos en la observancia de los mandamientos rituales pero menos activos en el servicio comunitario, menos generosos en las causas filantrópicas y menos comprometidos con *kelal Yisrael*. Debemos, por el contrario, estimular a los judíos conservadores a expandir su práctica conforme a normas con las que están de acuerdo y con los valores que los mueven profundamente: la búsqueda de la sabiduría, la preocupación por la justicia y una inamovible lealtad para con su comunidad. Hay mucho espacio para el*

crecimiento en nuestras congregaciones, tanto individual como colectivamente, y mucho potencial para alcanzarlo.

Algunos individuos y comunidades han optado por incrementar su observancia como resultado de una *Mitzvah Initiative*, seleccionando una “mitzvá preferencial” sobre la que expandirán su observancia en los próximos meses. Un grupo decidió comenzar una *jevrá kaddishá* (un voluntariado funerario tradicional). Otros optó por visitar a los enfermos, asistir diariamente a los servicios religiosos o estudiar. Tal vez haya mitzvot preferenciales que requieren atención urgente aquí y ahora y de parte de todo el pueblo judío. Tres mitzvot en particular me parecen especialmente vitales en la situación del judaísmo contemporáneo. Éstas llaman a todos los judíos a proteger al Estado de Israel de sus enemigos, a tomar todos los pasos necesarios para prevenir la asimilación y a ejercer una ciudadanía global en pro del planeta y sus habitantes. Ninguna de éstas puede esperar. Todas requieren un gran esfuerzo y lo requieren ahora.

Un más alto nivel de observancia por una masa crítica de judíos conservadores me parece esencial para el futuro de nuestro movimiento. Las mitzvot son esenciales para cualquier tipo de vida judía y, por ende, para el judaísmo conservador. El Pacto requiere esta observancia, y aquellos que participan de ésta puede dar fe de sus muchas recompensas para el individuo, la familia y la comunidad. El debate sobre la fuente de autoridad de los mandamientos ha acompañado al judaísmo conservador en cada nivel. La Torá, ¿tiene

autoridad sobre nosotros con base en una revelación literal de Dios en el monte Sinaí? ¿Con base en la inspiración divina de profetas y sabios? ¿Con base en las antiguas tradiciones y/o a las responsabilidades actuales del pueblo judío? ¿Cuál es la relativa importancia de la creencia y la práctica, de la halajá y de la aggadá? Un consenso sobre la centralidad de las mitzvot en el judaísmo conservador ha ido de la mano con un desacuerdo sobre el significado de ciertos mandamientos individuales y de la noción de obligación como un todo.

Yo no quiero este desacuerdo. Una conversación culta y vigorosa sobre las mitzvot es uno de los aspectos que mejor define a nuestro movimiento. Pero esa conversación debe ocurrir en el contexto de una elevada práctica personal y comunitaria que enriquezca nuestras vidas individuales, fortalezca nuestras comunidades y le permita a nuestro movimiento prosperar en las antiguas diferencias sobre lo que observamos y por qué, antes que ser amenazado por éstas.

El judaísmo conservador desde hace años ha adoptado la paradoja articulada por vez primera por nuestros sabios: libremente asumimos el “yugo de la obligación” y entonces, tras haberlo hecho, reconocemos que habíamos estado obligados a las mitzvot desde el comienzo. La oportunidad de recorrer el camino de las mitzvot es a la vez una obligación y un don. Doy gracias, también, de ser el heredero de la sistemática formulación de normas, aspiraciones y prácticas de mi comunidad (halajá), derivada de formulaciones anteriores y del encuentro de los maestros de

mi comunidad con el Dios vivo. Como muchos judíos, incluyendo muchos rabinos, encuentro que la acumulación masiva de especificidades halájicas a través de los siglos es confusa, algo arcaica y a veces desalentadora. Aprecio el esfuerzo halájico de abarcar toda la vida en el marco de las enseñanzas de la Torá, pero aprecio también el ímpetu de los maestros conservadores por hacer de la halajá algo accesible y relevante a través del ejercicio de la flexibilidad, la adaptación y el buen juicio.

Varias mitzvot en esta lista halájica me parecen particularmente cruciales para la vida judía conservadora de hoy:

- **Estudio...** porque no podemos caminar con confianza hacia el futuro a menos que conozcamos profunda y ampliamente la Torá que los judíos han vivido y enseñado hasta ahora.
- **Tefilá...** porque necesitamos recobrar la rica y matizada conversación con y sobre Dios que los judíos han sostenido durante más de dos milenios, una conversación perdida para muchos judíos en la actualidad en una dicotomía simplista entre el laicismo y el fundamentalismo, “fe” versus “ciencia”, “religión” versus “razón”.
- **Shabbat, fiestas y otros tiempos sagrados...** porque buscamos vivir completamente comprometidos con la sociedad y la cultura que existen más allá del judaísmo, así como estar completamente comprometidos con los textos y las prácticas de la Torá. Los judíos, una pequeña minoría, no podemos mantener

este equilibrio sin tiempos y espacios dedicados a nuestras normas, a nuestra visión del mundo, a nuestros rituales y a nuestros textos, a las necesidades de nuestras comunidades y a nuestro encuentro con aquello que es lo mejor dentro de nosotros.

- **Israel...** porque no puede haber judaísmo sin judíos y el Estado de Israel es esencial para la supervivencia judía. Más aún, los judíos somos miembros de un Pacto dirigido a crear más justicia y compasión en el mundo y la existencia de un estado judío nos da una oportunidad sin precedentes—por primera vez en dos milenios—de aplicar las enseñanzas de la Torá en nuevas formas en cada aspecto de la esfera pública: desde la política exterior y ambiental hasta el cuidado de la salud o el tratamiento de minorías. Articular estas nuevas palabras de Torá es el corazón mismo del judaísmo conservador.
- **Protección del planeta...** porque somos los guardianes de la Creación de Dios y esta Creación—incluyendo a sus criaturas

humanas—se ve amenazada con ser destruida como nunca lo ha estado antes. Esta destrucción frecuentemente viene envuelta en un lenguaje religioso y es justificada apelando a una supuesta voluntad de Dios, lo cual es una profanación del nombre de Dios que no puede continuar sin que la desafíemos. El mapa de ruta para este desafío es encontrado en los mandamientos de nuestra tradición.

A final de cuentas, estoy de acuerdo con la joven colega rabínica que dijo a su congregación un día que a Dios, en efecto, sí le importa “si vivimos o no nuestras vidas con un sentido de propósito, si tenemos o no gratitud y buscamos el perdón, si somos o no compasivos y nos preocupamos por la justicia”. No podemos alcanzar esto sólo como individuos. Necesitamos comunidades animadas por normas, aspiraciones y compromisos compartidos, y guiadas por una práctica compartida. Las mitzvot y la halajá son necesarias para ayudar a los judíos a traer mayor sentido a nuestras vidas y más justicia y compasión al mundo.

La Tefilá y la sinagoga

La *tefilá* [oración] no es algo que se dé fácilmente para la mayoría de judíos contemporáneos. Estar de pie frente a Dios, sentir la presencia de Dios, hablar con Dios y “oír” a Dios responder: puede que estos sean los actos más difíciles que nuestra tradición pide a los judíos adultos de esta generación. Conozco la dificultad que estos implican y puedo dar fe de su recompensa. La bendición conferida por este esfuerzo es inmedible.

En gran medida, creo que los problemas que muchos judíos conservadores tienen con la *tefilá* en la sinagoga son producto de una falta de empalme entre la realidad religiosa de los individuos y el diseño heredado del servicio sinagoga y los santuarios donde este servicio ocurre. Venimos al shil en busca de una conexión más profunda con nuestra comunidad, con nuestra tradición, con nuestro ser más profundo y con Dios, y, frecuentemente, nos sentamos en espacios enormes que no conducen a la intimidad, precluyen cualquier tipo de cercanía, y ahogan nuestra devoción.

Y lo que es más, los mismos judíos conservadores no estamos de acuerdo en cuanto a lo que nos gustaría que sucediera en la sinagoga. Algunos quieren más participación en la oración por parte de la congregación, incluso sacrificando la calidad musical, el diálogo o la *kavaná* (intención) del servicio. Nuestros congregantes más veteranos tienden a valorar la formalidad, las melodías tradicionales (cantadas en solitario por el jazán

o acompañado por un coro) y los sermones sobre temas de actualidad. Otros favorecen *divrei Torá* más breves o discusiones sobre la porción de la Torá de la semana. Los partidarios de usar instrumentos musicales se enfrentan a opositores que los rechazan con argumentos estéticos o halájicos. Cada vez menos y menos judíos conservadores, de todas las edades, se sienten cómodos rezando en hebreo. Los congregantes “habituales” se resisten al cambio, riéndose de los servicios de tres horas a los cuales muchos (¿la mayoría?) llegan a la mitad y reconocen que el *status quo* no promueve una devoción comunitaria o individual. Muchos rabinos, jazanim, y comités de culto se sienten atrapados, mientras que la mayoría de los congregantes votan con su ausencia. La gran mayoría de los judíos conservadores no suele asistir a los servicios.

No quiero minimizar ninguna de estas dificultades, pero creo que el problema (e igualmente la solución) tiene raíces más profundas. Después de todo, estamos hablando de la *tefilá*: de las profundidades del alma, de los deseos del corazón, de los desafíos de la mente, de profundas ambivalencias, y de nuestra relación con Dios.

En el shil, en medio de la oración, encontramos a los seres humanos en su estado más vulnerable e incipiente. Puede que los judíos conservadores estén sentados plácidamente, puede que se pongan de pie obedientemente cuando el rabino se los pida, y puede que se unan decorosamente a las lecturas

responsoriales o a los cantos comunitarios. Pero al shil los acompañan fuertes emociones. Esto es obvio cuando mencionan los nombres de seres queridos por cuya salud están orando, o aguantan las lágrimas al recitar el kaddish de los huérfanos, o se agolpan en el pasillo para besar la Torá cuando pasa desde o hacia el arca, o celebran jubilosamente una *simjá*.

Rece en una sinagoga conservadora en las Altas Fiestas, únase al canto fervoroso del último *Avinu Malkeinu* después de 25 horas de ayuno e introspección, baile ronda tras ronda de *hakafot* en Simjat Torá, sienta la alegría radiando desde las sillas cuando un chico en su bar mitzvá o una pareja antes de su boda son llamados a la Torá, participe cantando y afirmando que la Torá es “un árbol de la vida” al devolverla al arca y sabrá que sí hay *tefilá* genuina en nuestras sinagogas conservadoras. Gratitud, petición, temor y temblor, alegría e introspección sobre el sentido de la vida, a veces, se expresan con intensidad. La santidad es buscada y encontrada.

No creo que Abraham Joshua Heschel haya sido muy justo con las sinagogas norteamericanas cuando dijo que éstas se han convertido en “un cementerio donde la oración está enterrada” y que “sufren de un grave catarro”. He estado en sinagogas donde los judíos rezan a través de intermediarios—todos lo hemos estado—pero también he sido parte de comunidades de oración que, en su mejor momento, transportan a sus participantes a alturas y profundidades inalcanzables de otro modo.

Es cierto que muchos judíos en las sinagogas conservadoras de hoy son poco versados en los puntos más finos del judaísmo, poco escrupulosos en su observancia, simples en su teología personal e inseguros en cuanto a si Dios puede ordenar ciertas acciones o escuchar nuestras plegarias y el modo en qué lo haría. Y aun así, son absolutamente sinceros en su búsqueda de la santidad y del Santísimo. No necesitamos idealizar a estos judíos (entre los que se encuentran mis propios padres). Ellos son suficientemente buenos tal y como son. Las instituciones y líderes conservadores simplemente necesitan servirlos mejor: proveyendo experiencias de *tefilá* que—a través de la música, las palabras o un silencio ponderado—los conduzcan a un encuentro con Dios, con sus hermanos judíos y consigo mismos.

¿Qué debemos hacer para facilitar *tefilá* de gran calidad en las sinagogas conservadoras? Con esto me refiero a una *tefilá* que estimule el encuentro con Dios y que toque los más profundos estratos de nuestro ser.

No hay una sola fórmula, por supuesto. Cada judío trae diferentes necesidades, pasados, creencias, intereses y sensibilidades estéticas a su sinagoga. Cada uno puede elevarse en la oración a través de más de una forma de servicio. Lo que “funciona” para mí puede no inspirarte a ti y viceversa. Algunas congregaciones responden a esta diversidad ofreciendo una variedad de minyanim los sábados por la mañana, asegurándose de congregar a toda la comunidad regularmente a fin de que no se pierda la sensación de ser parte de una misma comunidad. Las siguientes

cinco directrices para la *tefilá* comunitaria me parecen esenciales sin importar el tamaño de una congregación o su estilo de culto:

1. **Reconocer que los judíos conservadores no vienen a la sinagoga con el propósito exclusivo de encontrarse con Dios.** En efecto, como aprendimos Steven Cohen y yo en nuestra investigación para *The Jew Within*, tales encuentros son vistos muchas veces como un “extra”—ni esperados ni tampoco indeseados—que enriquece una experiencia construida a partir de otros componentes. Los judíos buscan *comunidad* en la sinagoga y la encuentran en momentos emotivos de canción colectiva, al recitar las oraciones por los enfermos, al rodear a la Torá en su camino desde y hacia el arca, y al socializar durante la merienda después de los servicios. Buscan conectarse con la *tradición* y la encuentran en oraciones, melodías y formas que saben que han sido heredadas de sus ancestros y que son comunes a los judíos alrededor del mundo. Buscan momentos preciados de *introspección* y meditación en semanas demasiado ocupadas y atesoran estos momentos aun más cuando suceden en compañía de la gente que más les importa y en una comunidad que es solidaria. Ellos no necesitan venir a una sinagoga a encontrarse con Dios, a quien han avistado en el asombro de una noche estrellada o en la mirada sagaz de un niño o en la gentileza de un completo extraño. La *tefilá* en la sinagoga puede evocar estos encuentros y proveer otros sirviéndose de

palabras o de música que han cumplido esta finalidad a través de los siglos.

2. **Asegurarse de que la sinagoga sea una verdadera comunidad.** ¿Se ha preguntado usted por qué las primeras palabras de la oración *Ma tovú* se dirigen a nuestros hermanos judíos antes de dirigirse a Dios? El encuentro con el Creador es facilitado por nuestro sentimiento de conexión con aquellas criaturas que nos rodean al rezar. Nuestra *kavaná* crece con la de ellos; nuestras cargas son aligeradas, nuestro espíritu liberado.

El éxito de una sinagoga como casa de oración corresponde directamente a su *status* como casa de reunión, como comunidad de responsabilidad, celebración y significado compartidos.

Hay muchas formas bien conocidas y eficaces de crear comunidad. La *tefilá* mejora notoriamente como resultado de esto.

3. **Hacer de la sinagoga una casa de estudio, un vehículo de compromiso con la tradición.** La oración rara vez es fructífera sin esfuerzo, a pesar de que, a veces, la oración es la cosa más natural del mundo. En primer lugar, los servicios sinagogales usan un orden fijo de oraciones que busca canalizar la *kavaná* de los individuos y unir una asamblea de “rezadores” dispares en una congregación que, unida, se alza y canta sus bendiciones a Dios. En segundo lugar, la oración no viene fácilmente a los hombres y mujeres

modernos que normalmente no consideran a Dios a la hora de explicar por qué suceden las cosas en el mundo.

El estudio del siddur ayuda a salvar esta brecha. Cuanto más sepamos y reflexionemos sobre los textos y la historia judía de las cuales el siddur emerge, más sabremos sobre el significado que han encontrado en las oraciones los judíos a través de los siglos y el significado que éstos han añadido a las oraciones; cuanto más meditemos sobre las *tefilot* y descubramos sentido personal en sus palabras, nuestra *tefilá* será un vehículo más eficaz para acercarnos a Dios.

La lengua hebrea nos ayudará de gran manera en esta empresa. Es bueno saber que mis tatarabuelos dijeron estas mismas palabras en Ucrania y que mis primos todavía las dicen en Israel y en Argentina. Espero que mis hijos las digan cuando yo me haya ido.

Aprenda Torá. El estudio de la Torá, *divrei Torá*, ya sea por parte de rabinos o de congregantes, así las como conversaciones sobre la porción de la semana y la haftará nos ayudan también a recordad con gratitud “frente a quién estamos”.

El enfoque profundo sobre pasajes particulares es una forma particularmente efectiva de incrementar nuestra *kavaná*. Esto resalta los pasajes que tienen más significado para nosotros para que estos, de alguna manera, nos saluden y nos den la bienvenida al recorrer el servicio en

nuestras futuras visitas. Uno de estos pasajes para mí es “[la Torá] es un árbol de vida para todos los que se aferran a ella”; otro es aquel que describe a los ángeles que modelan la oración para nosotros los mortales: “con amor cumplen su misión, con irresistible poder y reverencia ejecutan a voluntad de su Creador”.

Traiga (metafóricamente al menos) audifonos estereofónicos al shil. Estos le permitirán oír las palabras en la página en un oído y, en el otro, el significado que ha aprendido a asociar con estas palabras a través de su aprendizaje compartido. La lista de reproducción en su estéreo cambiará a través del tiempo. Un verso que casi no ha notado en muchos años salta de pronto y lo obliga a pensar. De repente aparecen nuevos significados . Tal vez se halle tarareando una melodía que no recuerda haber aprendido.

Añada nuevas voces a sus oraciones. El *Majzor Lev Shalem* de la Asamblea Rabínica es tan eficaz, creo yo, porque incluye reflexiones de un espectro amplio de autores contemporáneos, hombres y mujeres de diferentes creencias y sensibilidades. Nuestros servicios de Shabbat deben hacer lo mismo.

4. **Llenar la sinagoga de buena música.** Esto es extremadamente importante para las sinagogas conservadoras. No puedo pensar en una sola congregación que logre una *tefilá* significativa sin buena música. Hace una gran diferencia tener a un jazán que sabe llegar a las profundidades del

alma combinando melodías que han estremecido a judíos durante siglos con nueva música que captura quiénes somos en este lugar y en esta generación, y llena ambas con su *kavaná* personal. Con o sin un jazán profesional, el objetivo de la congregación es tener música que llegue al alma en una manera que las palabras nunca lo harán, y que combine con las palabras en la página para alcanzar estados de júbilo y de devoción inalcanzables de otro modo.

Últimamente, el uso de instrumentos musicales ha revivido los servicios de Shabbat en muchas sinagogas conservadoras. Las congregaciones que se oponen al uso de instrumentos ya sea con base en argumentos halájicos o estéticos deben trabajar aun más duro—a través de grupos a capella, coros, o un compromiso de aprender las melodías durante la semana para cantarlas con fervor en Shabbat—para asegurarse de que los congregantes no queden privados de buena música o de la oración exitosa que ésta facilita.

El espacio del santuario debe ser adecuado para unir a los congregantes al cantar: no debe ser demasiado grande para generar intimidad, ni demasiado frío o distante, y debe tener buena acústica.

5. Dejar espacio para el silencio. Las palabras y la música a veces no alcanzan la profundidad emocional o de introspección que puede alcanzar el silencio. Venimos a la sinagoga en busca de un descanso del trajín incesante de sensaciones y exigencias de la semana. La música, las palabras y el silencio, trabajando juntos, pueden permitirle a los judíos para quienes la creencia en Dios es difícil o fugaz poner de lado sus dudas por un instante y rezar.

Doy gracias cada vez que esto sucede en cualquier tipo de servicio y me siento frustrado cuando no sucede. Estoy seguro de que las sinagogas conservadoras, tanto grandes como pequeñas, pueden ser el hogar de oración excepcional porque he experimentado *tefilá* que “funciona” en todos estos contextos en varias ocasiones.

En tanto judíos conservadores, nos debemos a nosotros mismos el expandir todos los esfuerzos que sean necesarios para hacer de nuestras congregaciones casas de oración que inspiren a los judíos que salen de ellas a decir unos a otros “*Ma tovú*”: “¿Sabes? ¡Cuán agradable es esta tienda de Jacob! Un lugar donde me siento feliz de estar, una casa de Dios de verdad”.

Judíos y otros

El judaísmo ha buscado siempre un equilibrio—entre un enfoque hacia adentro y un enfoque hacia afuera, entre lo particular y lo universal, entre la atención a las necesidades judías y la atención a las necesidades humanas, entre estar aparte del mundo y ser una parte integral de éste. El Pacto del monte Sinaí requiere que la atención judía se dirija en ambas direcciones. Por un lado, hay trabajo para hacer en este mundo de Dios y los judíos debemos unirnos con nuestros aliados no-judíos para emprender y lograr esta tarea. Ningún grupo puede hacerlo solo. Por otro lado, los judíos siempre hemos estado comprometidos con una visión de la voluntad de Dios para con el mundo que es única. Nuestros mandamientos—y la forma de vida que emerge de estos—nos han separado. Al ser una pequeña minoría que ha vivido la mayor parte de su historia en medio de religiones, culturas y poblaciones no-judías, hemos tenido especial cuidado en guardar nuestra particularidad. El Pacto, por tanto, impulsa a los judíos a preocuparse y a cooperar con otros y requiere, por otro lado, que preservemos nuestra diferencia y, en cierto grado, también nuestra distancia.

Este equilibrio ha sido difícil de conseguir y de mantener. Y creo que es justo decir que los judíos hemos errado frecuentemente—y todavía lo hacemos—al ir demasiado lejos en una dirección o la otra. Me enorgullece decir que en los últimos 150 años el judaísmo conservador ha logrado ese equilibrio con un éxito notorio. Necesitamos pensar en cómo

podemos continuar encontrando ese equilibrio. La tarea nunca ha sido más difícil que en este momento y, creo, jamás ha sido más importante.

Cuando el profeta Bilaam declaró que el pueblo de Israel era “una nación que vive sola” (Números 23:9), creo que su profecía fue tanto una maldición como una bendición. El aislamiento no es una buena receta para la supervivencia. Y éste tampoco ayuda a alcanzar los objetivos eternos que la Torá requiere de los judíos. Siempre ha habido una poderosa tendencia en la tradición judía que enfatiza el aislamiento y aconseja la sospecha frente a los forasteros. En parte, esta actitud resulta de la persecución y la hostilidad que rara vez se han ausentado de la historia judía. La Hagadá de Pésaj instruye a los judíos a decir: “Derrama tu ira sobre aquellas naciones que no te conocen”, mientras abrimos simbólicamente la puerta al profeta Elías, el heraldo de la redención divina. Esta oración es un legado de las persecuciones medievales.

Y la modernidad no ha traído fin al antisemitismo. Hoy, también, el pueblo judío tiene enemigos, algunos dedicados a la destrucción del Estado de Israel. La mentalidad de “nosotros contra ellos” afianzada vastamente en algunos círculos judíos—especialmente entre los judíos ortodoxos—no existe en vano. No obstante, creo yo, esto es muy triste. La Torá quiere que los judíos abracemos al mundo y no que nos retiremos de éste.

Gracias a Dios, la inclusión también es una poderosa tendencia en el judaísmo. Nuestra Torá valora a los gentiles y a las buenas relaciones con estos. Los capítulos de Isaías que los judíos leemos en Yom Kippur nos instan a alimentar al hambriento, albergar al desamparado, y a liberar al oprimido sin importar si los que sufren son judíos o no. El Pacto del monte Sinaí compromete a los judíos en una relación diseñada a hacer de todo el mundo un lugar más justo y compasivo. La enseñanza rabínica también ha aceptado y codificado las responsabilidades judías para con judíos y no-judíos. Sabemos que los judíos no seremos redimidos a menos que y hasta que la redención venga para toda la humanidad. Se nos recuerda incesantemente que todos los seres humanos somos creados a imagen de Dios.

En el mundo moderno, especialmente en Norteamérica, los judíos ejercemos una influencia sin precedentes y trabajamos junto con gentiles de numerosas maneras en pos del bien común. Las oportunidades para la expresión judía son virtualmente ilimitadas tanto a nivel individual como a nivel comunitario. Igualmente, nuestras oportunidades para relacionarnos con gentiles son hoy virtualmente ilimitadas. Como resultado—y tal vez como una reacción a siglos de persecución—muchos judíos han optado por abrazar el universalismo y han abandonado su particularismo. Estos han abandonado la búsqueda del equilibrio en igual medida que los aislacionistas judíos. Esto también, creo yo, es muy triste.

En este momento el mundo necesita Torá urgentemente. Nuestra tradición tiene algo que decir—sobre la justicia y la misericordia, sobre escoger la bondad y la vida—que la humanidad necesita escuchar. La necesidad de colaboración entre las comunidades creyentes es especialmente urgente en este momento en que la supervivencia misma de la tierra de Dios está siendo amenazada como nunca antes y las religiones del mundo ejercen una influencia sin rival sobre la manera de pensar y de actuar de las gentes del mundo. Necesitamos un nuevo entendimiento de las fronteras que separan a los judíos de los gentiles y de cómo debemos colaborar cruzando estas fronteras—con nuestro mensaje particular intacto—para trabajar por un mundo mejor. La gente joven en particular requiere esto de nosotros y tiene razón en criticar nuestro fracaso en proveer este entendimiento.

Irónicamente, tal vez, la reciente debilitación de las fronteras entre judíos y no-judíos puede amenazar nuestra mutua cooperación. Los judíos no-ortodoxos fuera de Israel viven y trabajan en cercana proximidad con no-judíos en un grado sin precedentes en la historia judía. La mayoría de los judíos norteamericanos cuentan con gentiles entre sus más allegados amigos. Casi la mitad de los judíos en los Estados Unidos se casan con personas no-judías. Las diferencias y las fronteras que separan a los judíos de los no-judíos son vagas si es que existen en absoluto. Erigir altas barreras de separación no ayudará al alcance judío hacia el mundo. Pero tampoco lo ayudará la eliminación de la particularidad que hace valiosa la cooperación entre judíos y gentiles.

Los judíos conservadores deben declarar clara y fuertemente que están orgullosos de ser judíos, orgullosos de ser fieles a nuestra tradición, y que, precisamente por esta lealtad, insistimos que los gentiles sean vistos como socios y no como adversarios. Rechazamos fuertemente la actitud de “nosotros contra ellos” que ha sido adoptada por algunos judíos en nombre de Dios o de la Torá, del mismo modo en que rechazamos el llamado de otros judíos a eliminar lo que hace único al judaísmo. Asumimos nuestra parte de la responsabilidad por las comunidades en las que vivimos y por el planeta en general, y a la vez tenemos obligaciones especiales para con las comunidades judías y el pueblo judío. Los judíos tenemos mucho que aprender de otros, lo sabemos, y los otros tienen mucho que aprender del judaísmo.

La búsqueda de este equilibrio entre preservar la particularidad judía frente a los no-judíos y unirse con otros en colaboración y diálogo es, para los judíos conservadores, parte de un compromiso dual más amplio que define a nuestro movimiento. Nuestro compromiso total con el judaísmo—sus prácticas, sus textos y su historia—y nuestro compromiso total con las sociedades y culturas de las que somos parte. Basado en mi propia experiencia y en la de las comunidades en las que he participado, ofrezco estas siete sugerencias para localizar y mantener un equilibrio entre lo “particular” y lo “universal” del judaísmo conservador:

1. Hacer claro nuestro compromiso con este equilibrio no sólo con declaraciones verbales sino mostrando responsabilidad tanto en cuanto a la tradición y la

comunidad judías como con el bienestar de nuestra sociedad y del mundo. Nuestros críticos a “la izquierda” y a “la derecha” suelen afirmar que estos dos focos de atención y recursos judíos son mutuamente excluyentes. Nosotros debemos mostrar con ejemplos que, por el contrario, estos son plenamente compatibles. Uno fortalece al otro.

Afirmemos sin equivocación o disculpa que continuaremos ocupándonos de los judíos, ya que nadie más lo hará. Construiremos sinagogas, campamentos de verano y escuelas, proveeremos para los judíos ancianos y menesterosos, estudiaremos y practicaremos la Torá, protegeremos nuestros intereses y protegeremos y desarrollaremos al Estado de Israel. Todo esto es básico para nuestro judaísmo. Pero la tradición judía también exige que asumamos nuestra parte en la responsabilidad por los seres humanos que no son judíos, les extendamos nuestra mano en franca amistad y nos unamos a ellos para asumir responsabilidad por las criaturas de Dios y la tierra de Dios. Esto también es básico para el judaísmo. Valoramos ambos compromisos.

2. Las comunidades e individuos conservadores deben negociar cuidadosamente este equilibrio en la asignación de sus recursos. Ni los profetas ni los sabios especificaron qué porcentaje de nuestra energía o de nuestra caridad debe ser dedicada a causas judías en contraposición a causas universales. Nuestra tradición tampoco nos dice exactamente cómo

conducir relaciones de un modo judío con otras comunidades, naciones y religiones. Los recursos disponibles siempre serán más escasos que las necesidades existentes. Ahora, más que nunca, el Pirkei Avot nos enseña que: “el día es corto y la tarea es larga”. No concluiremos el trabajo, sea éste “universal” o “particular”, pero tampoco “somos libres de desistir de [cualquier parte de] éste”.

Es obvio para mí [aunque no para aquellos judíos con una disposición puramente universalista] que no puede haber judaísmo en el mundo sin judíos y que la protección del judaísmo—incluido su característico equilibrio entre “particular” y “universal”—requiere de la defensa de vidas judías y de intereses judíos. Por esto es que soy un ferviente sionista. Creo que la supervivencia y el florecimiento tanto de los judíos como del judaísmo depende de un estado judío de Israel fuerte y soberano, a la vez que de una comunidad judía en la Diáspora que sea fuerte, activa y segura de sí misma. Debemos sostener también el despliegue de instituciones y programas educativos que—en una época donde los judíos deciden si y cómo quieren ser judíos—hagan de la vida judía algo atractivo, significativo y convincente. Debemos ocuparnos de los judíos necesitados, so pena de caricaturizar la noción misma de comunidad y responsabilidad mutua entre judíos. Estos esfuerzos requieren de una gran y continua inversión de recursos.

No es menos obvio para mí [aunque no para aquellos judíos con una disposición puramente particularista] que no habría judíos en el mundo sin judaísmo, ya sea éste definido como una “religión” o como una “civilización”. Una de las glorias de nuestra tradición y una de las características que hace al judaísmo persuasivo a los judíos en culturas abiertas, pluralistas y democráticas como la de Norteamérica es su llamado a unirse con los no-judíos para construir un mundo más justo, compasivo y sostenible. Esto también requiere de recursos. Del mismo modo en que los individuos judíos contribuyen tiempo y dinero para apoyar a causas sociales y globales, igualmente deben hacerlo las comunidades conservadoras.

- 3. Hacer del estudio de tradiciones diferentes al judaísmo una característica regular de nuestra educación y de la colaboración con grupos no judíos una característica regular de nuestros programas de acción social.** No dejemos lo primero sólo a los académicos y lo segundo a la Liga Anti-Difamación o al Consejo Judío de Relaciones Comunitarias. Todos los judíos tenemos mucho invertido en este precioso experimento norteamericano de pluralismo religioso, étnico y cultural. Necesitamos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que el experimento tenga éxito, sabiendo que si no es posible la cooperación y respeto entre los diferentes credos en Norteamérica, difícilmente sea posible en cualquier otro lugar. Toda inversión en

relaciones intergrupales hechas desde la base—por el clero o los congregantes, educadores o adolescentes, agencias y *javurot*—rendirá grandes frutos en cuanto a cooperación en momentos de crisis al igual que en el placer de crear relaciones a través de fronteras y diferencias.

4. **Dar a nuestros hijos una guía para navegar el desafío enorme [y cosechar las invaluable recompensas] de vivir en sociedades multiétnicas y multi-religiosas.** Necesitamos explicarles cómo, en tanto judíos conservadores, nuestros compromisos “judíos” y “humanos” van de la mano. No dejemos esto como un rompecabezas para ser resuelto por nuestros alumnos, o peor, que concluyan que los lados judíos y humanos no tienen conexión y por lo tanto requieren una elección: o somos judíos fieles o nos involucramos con no-judíos en causas más grandes como el medio ambiente o las personas sin hogar.
5. **No limitar nuestras amistades con no-judíos o nuestras alianzas con grupos no judíos con el pretexto de que esto amenaza o inhibe nuestros compromisos judíos.** La mayoría de las veces sucede lo opuesto. Podemos apreciar el judaísmo de mayor manera viéndolo a través de una perspectiva no-judía y entender su particularidad a través de una comparación con otras tradiciones. Los judíos tenemos mucho que aprender y que enseñar—comenzando por la inmensa diversidad contenida en la categoría de “judío” y la casi infinita variedad contenida en la

categoría de “gentil”. Los judíos necesitamos de esta última categoría para entender nuestro lugar en el mundo. Somos pequeños—diminutos incluso—en número, pero grandes en aspiración y, asombrosamente, también en influencia. Las amistades y alianzas hacen añicos la noción simplista de que todos los “no-judíos” están unidos en creencia o práctica, afecto u hostilidad. Esto es algo bueno.

6. **El pluralismo, como se aplica a judíos y a no-judíos, requiere de un nivel comparable de respeto y cooperación entre los judíos de diferentes persuasiones.** No podemos esperar aceptación de los no-judíos y por parte de ellos si nosotros los judíos no nos extendemos la misma aceptación unos a otros. Los judíos debemos ser capaces de estar en desacuerdo sin humillarnos y de trabajar juntos a pesar del desacuerdo. Esto es muy difícil de hacer. Y es necesario ahora más que nunca.
7. **Hacer que cada miembro de nuestras comunidades conservadoras se sienta bienvenido y respetado, incluidos los judíos solteros, los judíos LGBT, los judíos de color, aquellos recién llegados a la vida comunitaria y las parejas e hijos no-judíos.** Hagámoslos sentir valorados. Aseguremos a los no-judíos que siempre serán bienvenidos y que valoramos sus contribuciones a nuestras comunidades, expresando a la vez la esperanza de que algún día adquieran una membresía completa en las delicias y responsabilidades del Pacto a través de la conversión.

Tenemos el deber para con todos los miembros de nuestras comunidades de expresar honesta y fuertemente lo que la tradición judía exige de nosotros sin miedo a articular plenamente el “particularismo” judío que siempre ha alimentado el distintivo compromiso judío con el “universalismo”, o vice versa.

Esto es lo que somos y lo que la Torá quiere que seamos. Sintamos orgullo del doble enfoque de nuestro Pacto, démosle una voz elocuente y pongámoslo en práctica visiblemente para que haga mella en nosotros y en el mundo.

Las denominaciones en el judaísmo

Ya cerca de la conclusión de este ensayo sobre el judaísmo conservador, vuelvo al punto en el que comencé: la relación de este sendero particular de la Torá con otros, la razón por la cual mucho de lo que creen y practican los judíos conservadores es compartido por otros movimientos judíos y por qué, en algunos aspectos, estamos orgullosos del lente particular a través del cual vemos y practicamos el judaísmo y por qué queremos preservar esta particularidad. Déjenme aproximarme al tema de la división denominacional en esta manera.

Cada vez que hablo en una sinagoga o en otro lugar sobre el judaísmo conservador alguien siempre me pregunta: ¿por qué necesitamos diferentes denominaciones judías? Los judíos somos tan pocos, argumentan; nuestros recursos son limitados. ¿Por qué debilitar más nuestra comunidad al dividirnos en movimientos religiosos que compiten? ¿No deberíamos, al fin de cuentas, tratar de unirnos? ¿Por qué no podemos ser simplemente judíos?

La pregunta es muy buena, creo yo, y la respuesta comienza con nuestra historia: en el hecho de que nunca ha habido una completa unidad judía o algo que se le parezca por razones codificadas en el “ADN” de nuestra tradición. El Pacto del monte Sinaí requiere que los judíos apliquemos las enseñanzas de la Torá en el mundo real. Para lograr este objetivo, los mandamientos han debido ser interpretados, reinterpretados y adaptados a

circunstancias cambiantes. Las mentes, experiencia y aprendizaje judíos se han dedicados a esta tarea a través de los siglos. Por tanto, una medida significativa de desacuerdo es inevitable.

La dispersión geográfica, también, ha conspirado en contra de la homogeneidad y en pro de la diferencia. Los judíos hemos aprendido y practicado la Torá en diversas condiciones, lenguajes, culturas, sociedades y sistemas políticos. Una uniformidad total habría asegurado nuestra desaparición. Como también lo habría hecho una ausencia de leyes, costumbres y creencias comunes a todos los judíos sin importar adónde vivan. El judaísmo ha sobrevivido y florecido gracias a un elaborado equilibrio entre unidad y diversidad. Este es el caso todavía hoy en día.

La modernidad ha añadido dos fuentes adicionales de división a esta receta: la posibilidad de entrar y salir a voluntad de la comunidad judía y del judaísmo y la facultad de los grupos judíos, e incluso de los individuos, de definir la tradición a su antojo. En mi opinión, los muchos temas que han dividido a los judíos en los tres últimos siglos—resultando en las etiquetas de “reformista”, “ortodoxo”, “conservador” y “secular”—se pueden resumir en dos desacuerdos relacionados y omniabarcantes: ¿Qué debemos creer y practicar los judíos? ¿Quién tiene el derecho a decidir esta pregunta? (O, si les place: ¿Qué es un judío? ¿Quién es un rabino?)

La lección que extraigo de esta milenaria historia de unidad y diversidad judía es igualmente doble.

Primero: *Vale la pena preservar las denominaciones.* Más aún, éstas son esenciales para la pasión y el compromiso judíos. Uno no puede practicar el judaísmo en el vacío abstracto. La religión del mínimo común denominador no funciona. Soy un judío conservador porque creo fuertemente que nuestra forma de judaísmo, más que cualquier otra, acierta en su interpretación de la Torá. Este ensayo explica por qué. Los judíos de otros movimientos sienten algo similar sobre el movimiento con el que están comprometidos.

Segundo: *Mucho de lo que los judíos hacen actualmente por separado podría ser hecho de igual o mejor manera si lo hicieran juntos.* No necesitamos aprender, enseñar, entrenar líderes o trabajar para mejorar el mundo sólo como judíos conservadores, reformistas u ortodoxos. El hecho de que las fronteras entre los movimientos fluctúen y se desdibujen con el tiempo es algo positivo. En este punto en nuestra historia, especialmente en Norteamérica, los judíos conservadores debemos trabajar para fortalecer nuestro propio movimiento y a la vez construir una coalición a la que llamo “el centro religioso vital”. Ambos proyectos ayudarán a preservar el judaísmo y a servir las necesidades de *kelal Yisrael*.

¿Por qué necesitamos denominaciones? Porque las diferencias sustanciales entre los judíos, aunque causen tanto daño y dolor, no sólo son inevitables sino que, en perspectiva,

son esenciales para la supervivencia de nuestra tradición. La Torá abre oportunidades a los judíos y les exige que formen la manera en que piensan, comen, celebran, lloran, educan a sus hijos, tratan a sus cónyuges, hacen negocios, se presentan ante Dios, y trabajan para reparar el mundo. Es de gran importancia cómo se persiguen estos dones y estas responsabilidades. ¿Serán las mujeres parte del aprendizaje, práctica y liderazgo judíos? ¿El hebreo, el shabbat y la kashrut serán pilares de práctica fundamentales? ¿Los judíos estaremos aparte y simultáneamente comprometidos con la sociedad y la cultura que nos rodea? ¿Asumiremos la disciplina de una práctica ritual y a la vez exigiremos que permanezca inseparablemente ligada a una práctica de virtud individual y de justicia social? Estas y otras líneas divisorias entre nuestros movimientos no son triviales. No siempre podemos hacer concesiones sobre éstas. No es posible ser todo para todos si uno quiere ser judío.

¿Por qué trabajar para una mayor unidad? En tanto judío conservador, soy un pluralista declarado. Sé que aparte de las mías existen otras formas de servir fielmente a Dios y a la Torá. Y como consecuencia de esta convicción, me encuentro muchas veces demostrando respeto a otros judíos que no me devolverán la cortesía. “Tanto éstas como éstas son las palabras del Dios vivo”, “Todos los judíos somos responsables unos de otros”; los intereses de nuestra comunidad en este momento, en Israel y en la Diáspora, exigen que los judíos actuemos en base a estos dos principios más dedicadamente que en los dos siglos pasados. Necesitamos encontrar un

camino para un grado de cooperación que hasta ahora ha eludido a los judíos modernos. Por más que crea en la necesidad de múltiples caminos y crea apasionadamente en la esencial certeza del camino conservador, estoy convencido de que la posición por defecto entre los judíos de hoy en día debe ser una de *cooperación*. No tiene sentido hacer la mayoría de las cosas en vías paralelas, duplicando esfuerzos y despilfarrando recursos.

Esto es particularmente cierto, creo yo, en el centro tanto de la conducta como de la ideología de la vida judía donde los judíos serios, ya sean reformistas, reconstruccionistas, conservadores y ortodoxos modernos, cada vez más comparten un vocabulario, aprendizaje, sensibilidad e incluso prácticas. Incluyo también en este grupo a judíos que se definen como “no religiosos” pero asumen grandes responsabilidades con la comunidad judía y se ven a sí mismos sujetos a la historia judía, la ética judía y el pueblo judío. Grupos declaradamente post-denominacionales que son igualitarios y tradicionales—en un patrón que se ve muy parecido al judaísmo

conservador—cuadran perfectamente en este vital centro religioso también. Los miembros de este vasto grupo tienen mucho que decirse los unos a los otros y podrían beneficiarse grandemente de un grado mayor de cooperación.

Pero esto también es cierto de la comunidad judía como un todo. Ésta se beneficia enormemente de las diferentes fortalezas y pasiones que las diferentes denominaciones traen a nuestro pueblo y a nuestra tradición; y ésta también se beneficia cuando el trabajo de las federaciones—en pro de la justicia social o ambiental, el estado de Israel, las artes y muchas otras causas—cruza las fronteras denominacionales. Espero que los judíos conservadores me acompañen en los próximos meses en hacer todo lo posible para continuar la revitalización de nuestras sinagogas, escuelas y demás instituciones. También espero que todos los judíos se tomen el tiempo de hablar y escuchar a todo otro judío miembro del Pacto que compartimos, extendiendo su mano a todo judío que se siente en casa en esta tradición.

Mirando hacia atrás, mirando hacia adelante

Han pasado casi 60 años desde que en su revolucionario estudio sociológico *Conservative Judaism: An American Religious Movement* (*Judaísmo conservador: Un movimiento religioso norteamericano*), Marshall Sklare se refirió al movimiento conservador como “ortodoxia en transición” y casi 40 años desde que, en el apéndice a la segunda edición del libro, el mismo Sklare expresase su sorpresa de que el movimiento conservador no sólo hubiese sobrevivido hasta entonces sino que éste fuera definitivamente la denominación norteamericana más exitosa.

No puedo hacer la misma afirmación hoy en día. Del mismo modo en que las fuerzas sociales y culturales asistieron en el ascenso del movimiento conservador durante la primera mitad del siglo XX, estas fuerzas (y otras) hoy en día, a comienzos del siglo XXI, contribuyen a debilitar la afiliación a sinagogas, escuelas y organizaciones conservadoras (y de otros tipos). Lo que sí puedo decir y debo enfatizar de cara al futuro es que el judaísmo conservador, hoy como nunca, tiene el mensaje y los medios para causar un gran impacto en las formas en que la tradición judía es enseñada, practicada y revitalizada en Norteamérica y en otros países.

El énfasis en este ensayo ha recaído sobre el mensaje, aunque he dedicado también algo de atención al tema de los “medios”, es decir las formas de alcanzar y mantener la calidad en el aprendizaje y en la *tefilá*, las formas de organizar nuestras instituciones y nuestro

movimiento de mejor manera para poder alcanzar estos fines. Nada que haya leído o escuchado en los últimos años ha cambiado mi opinión de que—con una mejor comunicación de lo que el judaísmo conservador significa, un mejor “control de calidad” en sinagogas y escuelas, y una reestructuración del funcionamiento de las distintas organizaciones conservadoras que garantice más coordinación que en el pasado—las perspectivas para el judaísmo conservador son excelentes.

Puedo decir esto con seriedad y confianza—y no sólo basado en mi esperanza y deseo—porque la Torá es el árbol de la vida para todos los que se aferran a ella. El judaísmo conservador sigue siendo un camino que para un gran número de judíos es alegre y profundo, atractivo y convincente. Ofrece el sentido que los judíos contemporáneos necesitan para poder vivir correctamente y bien, y para poder educar a sus hijos de esta forma. El judaísmo conservador es una receta probada para construir comunidades vibrantes, interesantes y auténticas. Mientras haya judíos que busquen tales comunidades, el judaísmo conservador será valorado por su capacidad de proveerlas.

Más aún, si uno traza (como lo hicimos con mis estudiantes en un curso en JTS) el arco histórico del judaísmo conservador desde sus inicios con Frankel y Schechter, a través de sus reformulaciones y revisiones por parte de Finkelstein, Heschel, Kaplan y otros a mediados del siglo XX, hasta llegar a las

creencias y prácticas de los hombres y mujeres conservadores de hoy en día, es posible ver cómo el judaísmo conservador ejemplifica su lema de “tradición y cambio”. No soy un gran amigo de este lema, por razones que en este punto del ensayo deben ser aparentes. Éste parece afirmar que la “tradición” y el “cambio” son opuestos que necesitan ser equilibrados y que la “tradición” es un objeto—como, digamos, un sefer Torá—que es pasado de generación en generación, aguantando o sucumbiendo a las revisiones que se le hacen en el camino. *Creo que la tradición es, más bien, un proceso de constante cambio-dentro-de-una-continuidad y una continuidad-dentro-del-cambio.* Somos fieles a nuestra tradición cuando amorosa y educadamente la alteramos desde una práctica devota y comprometida.

Es por eso que el lema “tradición y cambio” no me complace. No obstante, éste comunica una verdad esencial sobre el judaísmo y, ciertamente, es uno de los pilares del judaísmo conservador. Aprendo cosas todos los días de Frankel y Schechter, como también aprendo de Kaplan, de Heschel y, especialmente en mi reciente papel como canciller del JTS, de Finkelstein. Y no en menor medida aprendo también de los hombres y mujeres que son mis contemporáneos en el movimiento. Del mismo modo—y consecuentemente con esta herencia—, hacemos cosas en el JTS y en el judaísmo conservador que previos líderes del movimiento no hubieran aprobado o siquiera imaginado. El Seminario Teológico Judío ordena y capacita a hombres y a mujeres como rabinos y jazanim, tanto homosexuales como heterosexuales, tanto conversos recientes al judaísmo como individuos educados en

hogares judíos tradicionales. El *Majzor Lev Shalem* mueve los corazones y las mentes de nuestros contemporáneos tan profundamente porque la liturgia tradicional viene acompañada en el margen de la página por explicaciones dirigidas al lector del siglo XXI y por comentarios que reflejan un amplio espectro de puntos de vista y siglos de aprendizaje. Los estudiantes del JTS toman clases de Biblia y de Talmud, tal como lo hicieron previas generaciones de estudiantes, pero traen perspectivas y experiencias diferentes al Beit Midrash que dan vida a la Torá para ellos y para el resto de nosotros.

El judaísmo conservador, ahora más que nunca, puede y debe inspirar a los judíos con textos judíos e historia judía—y es incluso más eficaz aún porque invita a las artes y a las ciencias a nuestras mentes y sinagogas; ninguna pregunta o duda debe ser suprimida. Danzamos en torno a nuestra Torá al son de melodías nuevas y antiguas, y combinamos el poder de nuestros compromisos ancestrales con nuevas ideas. Sostenemos que las creencias y prácticas del judaísmo, desarrolladas por los judíos a través de muchos siglos, son totalmente compatibles con lo mejor de nuestras convicciones y sensibilidades modernas—pluralismo y razón, democracia y derechos humanos, ciudadanía global y justicia social—y que nuestro amor por la Torá, por Israel y por Dios es fortalecido y no debilitado por la participación plena en las sociedades y culturas de las cuales somos parte los judíos.

Este conjunto de convicciones no es ampliamente compartido por las religiones del

mundo en el 2016 y es cada vez más escaso en las religiones de Norteamérica. Muchos rabinos en Israel, e incluso en Norteamérica, hacen declaraciones en nombre de Dios y de la Torá que degradan a las mujeres, ignoran a la ciencia, atacan a judíos como yo, descartan el respeto hacia los no-judíos y ordenan un auto-aislamiento del mundo circundante. Necesitamos que el judaísmo conservador diga fuerte y claramente, desde un profundo aprendizaje judío y una intensa práctica judía, que éste no es el judaísmo de nuestros ancestros, ni lo que la Torá tenía en mente, ni un reflejo de la diversidad-dentro-de-la-unidad que ha caracterizado a nuestra tradición durante muchos siglos. No debemos permitir que la ultra-ortodoxia monopolice la definición de ser “judío” y ser “religioso”; debemos defender la importancia de las normas y prácticas comunitarias (*mitzvot* y *halajá*); y no debemos dejar que la Torá quede apretujada entre los estrechos extremos del fundamenta-

lismo y el ateísmo militante. Hay demasiado en juego en el mundo. Hay demasiado en juego en nuestras comunidades, en nuestras familias y en nuestras almas.

Dedico este ensayo a mis estudiantes pues estos son la fuente de mi confianza en nuestro futuro. Sus mentes (a la vez que sus *smartphones*) están trabajando para transmitir nuestra herencia a sus contemporáneos y a sus mayores; sus almas arden de amor por la Torá y por un deseo de servir a los judíos en busca de la Torá; su liderazgo requerirá una combinación de fortaleza y compasión que es evidente en las difíciles pero amorosas preguntas que frecuentemente me hacen a mí, a sus colegas y a ellos mismos. Creo que sus esfuerzos serán exitosos y espero expectante a la próxima generación de creatividad y devoción dentro del judaísmo conservador.

Sugerencias para lectura adicional

Cohen, Gerson D. "Conservative Judaism and the Modern World" En: Gerson Cohen (ed.), *Jewish History and Jewish Destiny*. JTS Press: Nueva York. 1997.

-----, "Conservative Judaism and the Problem of Legitimacy" En: Gerson Cohen (ed.) *Jewish History and Jewish Destiny*. JTS Press: Nueva York. 1997.

Eisen, Arnold M. "Changing Patterns in Denominational Self-Definition" En: Jeffrey Gurock (ed.) *American Jewish History. Vol 5. The History of Judaism in America: Transplantations, Transformations and Reconciliations*. Routledge: Nueva York. 1998.

Gordis, Robert y Max Gelb. *Understanding Conservative Judaism*. Asamblea Rabínica: Nueva York. 1978.

Schorsch, Ismar. "Centenary Thoughts: Conservative Judaism Revisited" En: *Polarities in Balance*. Asamblea Rabínica: Nueva York. 2004..

-----, "Inaugural Address: Stereophonic Judaism" En: Ismar Schorsch (ed.), *Thoughts from 3080: Selected Addresses and Writings*. The Jewish Theological Seminary: Nueva York. 1987.

-----, *Polarities in Balance*. The Jewish Theological Seminary: Nueva York. 2004.

Sklare, Marshall. *Conservative Judaism: An American Religious Movement*. University Press of America: Lanham, MD. 1985.

Waxman, Mordecai (ed) *Tradition and Change: The Development of Conservative Judaism*. Asamblea Rabínica: Nueva York. 1958.

Wertheimer, Jack (ed.) *Jews in the Center: Conservative Synagogues and Their Members*. Rutgers University Press: New Brunswick, NJ. 2000.

-----, "JTS and the Conservative Movement" En: Jack Wertheimer (ed.), *Tradition Renewed: A History of the Jewish Theological Seminary of America*. Jewish Theological Seminary of America: Nueva York. 1997.

